

BUENA REINA

60

Y

MAL MINISTRO

DRAMA HISTÓRICO, EN VERSO, EN TRES ACTOS

Y UN PRÓLOGO

POR

D. FEDERICO GÓMEZ ARIAS

10

Escrito y ejecutado en Salamanca en 1850.

BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS

CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9

1888

BUENA REINA
Y
MAL MINISTRO

DRAMA HISTÓRICO, EN VERSO, EN TRES ACTOS

Y UN PRÓLOGO

POR

D. FEDERICO GÓMEZ ARIAS

Escrito y ejecutado en Salamanca en 1850.

BARCELONA
IMPRESA DE JAIME JEPÚS

CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9

1888

ES PROPIEDAD

PERSONAS



CATALINA CORNARO.

LUSIÑÁN, rey de Chipre.

GERARDO COUCI.

MOZÉNIGO, consejero de Venecia.

JULIETA.

ANDRÉS.

STROZZI.

LONGINO.

FORTUNATO.

MAESTRO PRESIDENTE DE LA LOGIA.

MARQUESITO.

CABALLEROS VENECIANOS.

CABALLEROS CHIPRENSES.

UN PALACIEGO.

UN NIÑO.

*El prólogo pasa en Venecia, y el resto de la acción en
Nicosia, capital de Chipre, á fines del siglo XV.*





PRÓLOGO

— ♦ ♦ ♦ —

Gabinete con una puerta de fondo y otra á la derecha; á la izquierda una ventana; en un costado una cama de colgadura; en el otro una mesa con un crucifijo y un almohadón al pie.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.

¡Cuán lozana la ribera (*Mirando por la*
viste, respirando amores, [*ventana*])
de mil purísimas flores
su manto de primavera!
¡Cual cantan las avecillas,
del sol poniente al reflejo
desde la copa del tejo
sus despedidas sencillas!

ESCENA II.

CATALINA y MOZÉNIGO.

MOZÉNIGO. (Sola la encuentro.) Señora...
Dios la guarde.

CATALINA. Y al ilustre
consejero, prez y lustre
de Venecia.

MOZÉNIGO. En buena hora

debí de llegar.

CATALINA. La casa
del patricio Andrés, abiertas
tiene á cualquiera las puertas
y no hay en su entrada tasa.

MOZÉNIGO. Lo sé; promulga la fama
de vuestro tío larguezàs
y por sus raras franquezas
el populacho le aclama.
Pero dejemos á un lado
su muy justa apología,
y hablemos, señora mía,
de asunto más elevado.
Sois la joya veneciana,
de Italia el mejor capullo,
y os ofrecí con orgullo
la diadema soberana.

CATALINA. ¡Bah! lo de siempre, en cuestión:
ofertas y adulaciones,
favoritas expresiones
de su diccionario son.
¿Quién de coronas dispone?
pues que, señor, vuestro antojo...

MOZÉNIGO. Se respeta sin enojo
cuanto mi labio propone.
Escuchadme: miembro soy
del Consejo veneciano
y están fortunas y vidas
á la rienda sometidas
de mi mando soberano.
Tened calma; sin reyerta
discutamos, y que luego
decidáis, señora, os ruego,
sobre mi amor y mi oferta.
Dos caminos á elegir
voy á daros: negro el uno,
sin repúsculo ninguno
ni atajo por qué salir.
Grande, magnífico y bello
es el otro; á su arrebol
será la Cornaro un sol
de purísimo destello.
Oid el primero: Gerardo
si vuestro amor no le olvida,
morirá aquí, su querida
de su homicidio bastardo
será acusada.

CATALINA. Probarlo
nadie podrá.

MOZÉNIGO. No, tampoco,

á no estar, señora, loco,
podrá ninguno negarlo.
Los datos y la aflicción
de la acusada hablarán
en su contra, y fallarán
los jueces, en conclusión,
según del hecho resulte.

CATALINA. Muy poco á mi ver alcanza
la saña de su venganza
por más que en su afán la abulte.
¡Con que al tribunal mi nombre
calumniado puede ser!
¡Y pensáis que he de temer
al fallo que dicte un hombre!
No; la luz de la conciencia
es, señor, mejor justicia
que la que vuestra impericia
formula en su falsa ciencia,
y cuando pura en su arcano
luce ante un Dios juzgador,
vuestro tormento mayor
es, miserable gusano.
De vuestras leyes y nombres
nada teme Catalina,
no es la justicia divina
la justicia de los hombres.
Que ante el Señor de la altura
son sus rebaños iguales,
y llevan los criminales
por señal máscara oscura.

MOZÉNIGO. Pero Gerardo...

CATALINA. Su muerte
le conquistará, por gloria,
llanto eterno en mi memoria
y en el cielo mejor suerte.

MOZÉNIGO. Bien está; mas mi consejo,
que es el segundo camino
que cumple á vuestro destino,
oid, y al punto me alejo.
De un poderoso señor
de cien pueblos, de vasallos,
de jardines y caballos,
bizarro y galanteador,
seréis esposa; leal
siendo á vuestra patria, aceros
de mil nobles caballeros
de continente marcial
os rendirán su saludo,
cumplidos como valientes,
declinando ellos sus frentes

ante vuestro real escudo.
Pero en cambio... á mis favores
agradecida, es preciso
que admita en su paraíso
la ofrenda de mis amores.
De precio son los servicios,
y aunque su valor no ajusto,
que se paguen será justo
con iguales sacrificios.
Esta es mi proposición;
pensad la respuesta bien,
la corona en vuestra sien
y yo en vuestro corazón.

CATALINA. Nunca, señor; si blasones
mis ascendientes tuvieron,
blasones cuando murieron
del timbre de sus acciones
por herencia me legaron;
yo continuaré su historia:
con borrones su memoria
los Cornaros no empañaron.
¡Reinar!... el peso me abruma
de esta palabra fatal,
y ese aparente fanal
de placeres... me da bruma.
Jardines, árboles, fuentes,
alcázares, torreones,
alazanes, infanzones
y cristalinas corrientes
argentadas, ¿qué me importan?
Si los compra la impureza,
tesoros son de vileza
que del Tártaro se abortan.
Si á mis pies va la serpiente
y en sus anillos me abraza,
¿qué me importa que en la plaza
me aclame la pobre gente?
Si tras mí viene rastrera
clavando su mordedura,
¿para qué la luz impura
de una falsa primavera!
¿Qué es la comprada grandeza?
un miserable puñado
de orgullo, mal decorado
para ocultar su torpeza.

MOZÉNIGO. Señora...

CATALINA. Ni un punto cejo
de mis palabras, jamás.

MOZÉNIGO. ¿Y si Venecia, además,
manda seguir mi consejo?

ESCENA III.

Dichos, ANDRÉS y un paje que coloca una azafate de ropas en una silla.

ANDRÉS. Salud haya el buen patricio.

MOZÉNIGO. Salud el muy noble tenga.

ANDRÉS. A su señor gracias torne el paje... y aquí se vuelva antes de mucho. *(Al paje.)*

PAJE. Está bien. *(Mutis)*

MOZÉNIGO. Magnífica la presea será, si como presumo es de Gerardo.

ANDRÉS. Son telas de damasco y un vestido de sutilísima seda tejido en Smirna; há un mes que Gerardo estuvo en ella.

MOZÉNIGO. Y quiso de su buen gusto dar una cumplida prueba. No es extraño; se merece más que cuanto el mundo encierra, de Andrés la bella sobrina, y debe de estar con ella orgulloso con razón.

CATALINA. Lisonja, señor, es esa que no merezco escuchar.

MOZÉNIGO. Fuera lisonja tan cierta, que la confundieran muchos con la verdad más severa. Pero... dejemos cumplidos, pues hoy hablar me interesa cosas de importancia suma con Andrés en confidencia.

CATALINA. Si importuno...

ANDRÉS. Sí, en la sala haz en tanto que Julieta te engalane, encanto mío, cuanto posible te sea. En que vas á ser esposa muy pronto, querida, piensa, y da un abrazo á tu tío *(Se abrazan.)* antes, hija, que lo seas.

CATALINA. ¡Ay! apenas me sostienen hoy mis abatidas fuerzas. Adiós, tío.

ANDRÉS.

¿A llorar vas?
vamos, las lágrimas deja;
mira, quiero que ese traje
te vistas, porque te vea,
ya que, como siempre, triste,
elegante como bella.

(*Mutis puerta de costado.*)

ESCENA IV.

MOZÉNIGO, ANDRÉS.

ANDRÉS. ¡Pobre niña, me enternece!

MOZÉNIGO. Mucho la amáis.

ANDRÉS.

Es tan buena,

que ó tener alma de estuco
ó enloquecerse con ella.
La quiero como una hija;
bien que tan pequeña era
cuando su padre murió,
que de él apenas se acuerda
y como padre me mira.

MOZÉNIGO. Más honra con la tutela
del cariño de su tío
alcanzará y más riquezas.

ANDRÉS. Honra, la misma. señor;
de su padre la nobleza
no hubo mancha ninguna.
Pero mudemos de tema
y del asunto que os trae
hablemos.

MOZÉNIGO.

Ayer Venecia
era en las calles y plazas
sordo volcán que fermenta,
y que desbordarse amaga
sobre la campiña extensa,
desolando con su lava
cuanto á su curso se encuentra.
No era extraño; allá de Chipre
procedentes, dos goletas
frente á la rada atracaron,
y por la playa las nuevas
mal fundadas esparcieron
de que la crespá melena
del León con que San Marcos
del mundo se enseñorea...
esos colonos serviles

sacudir necios intentan.

ANDRÉS. Nunca lo conseguirán.

MOZÉNIGO. Nunca, y para que así sea
sabéis que el Consejo unido
del poder, planes concierta
que de los hijos de Chipre
sellarán la dependencia,
para los cuales, de Andrés
con la voluntad se cuenta.
Lusiñán, proscrito, ilustre,
de una familia francesa
es quien hoy de aquella isla,
prez de la Turquía europea
siendo rey, á nuestro antojo
sin su voluntad gobierna.
Ahora bien; para que un parte
más dependiente nos sea,
y porque quizá en su muerte
no aclamen su independencia
los chiprenses, es preciso
que les demos una reina
que faltando Lusiñán
nuestro dominio sostenga.
Todo con él concertado
está, y solamente espera
por la mano que el Consejo
sabio, en su favor dispuesta
tenga pronto.

ANDRÉS. ¿Y para qué
mi voto en cosa tan seria
puede servir?

MOZÉNIGO. Para mucho;
después de mil disidencias...
del tribunal ayer mismo
la inapelable asamblea
decidió que Catalina
pase á Chipre y sea la reina
esposa de Lusiñán
que gobierne aquella tierra.

ANDRÉS. ¿Mi sobrina? ¡Es imposible!

MOZÉNIGO. Las credenciales son estas,
(*Muestra unos papeles.*)

si la voz de un consejero
se escucha sin que se crea.

ANDRÉS. ¿Y cómo del corazón
de mi sobrina pudiera
el Tribunal disponer,
cuando solemne promesa
hizo de unirse á Gerardo?

MOZÉNIGO. Nunca más se verán cerca;

nuestros esbirros vigilan
sus pasos, y donde quiera
lleva tras él un puñal
pendiente de nuestra seña,
que en su camino se cruza
torciéndole la carrera.

ANDRÉS. ¡Pero, señor!

MOZÉNIGO. No hay remedio;
ó vuestra sobrina acepta
y los honores y rango
tendrá Andrés de su opulencia
ó... ya sabéis lo que el pueblo
de nuestros rigores reza,
cuando á orillas del canal
los cadáveres se encuentran.

ANDRÉS. Terror la amenaza infunde
por lo triste.

MOZÉNIGO. Y por lo cierta.
Nadie á nuestro fin conviene
como la Cornaro; ella
talento tiene sobrado
para dirigir, y cuenta,
merced á su protector,
con crecidísimas rentas.
Con que haced que el curso pare
de la preparada fiesta
de su boda, y disponeos
á salir á toda vela
mañana mismo.

ANDRÉS. Es preciso
que primero...

MOZÉNIGO. Así lo ordena
de la patria el interés
y un crimen faltarla fuera.
Vaya, patricio, esta noche
dispones tu viaje; piensa
que es Venecia quien lo manda
y no hay á su mando réplica.

(Marcha puerta fondo.)

ESCENA V.

ANDRÉS, PAJE.

ANDRÉS. ¿Qué dice Gerardo? *(Con impaciencia.)*

PAJE. Nada;
está abatido, recuerda
sin duda el aniversario

de alguna funesta nueva,
y ya se ve... que parece
que se va á morir de pena. (*Mutis Andrés.*)

ESCENA VI.

El PAJE, después LONGINO y STROZZI.

PAJE. Solo estoy; pronto la hora
será de que Strozzi venga;
aprovecho la ocasión
y ato mi escala de cuerda (*Lo hace.*)
de las ojivas ventanas
sobre la columna esbelta.
Firme está; no, no hay cuidado
de que por los nudos ceda.
Ahora falta la segunda

(*Suenan palmadas.*)
comisión... ¡Hola! la seña
de Strozzi. Jesús que oscura
(*Se asoma á la ventana.*)

está la noche y qué niebla.
De los faroles la luz
percibir se deja apenas.
¿Eres tú?

STROZZI. Yo soy. (*Desde abajo.*)

PAJE. Pues sube
sin ningún cuidado.

STROZZI. Tenla,
que la elevación es grande
y el viento la balancea.

PAJE. Daos prisa, porpue es fácil
que muy pronto el amo venga.
¡Hola! parece que suda
Longino el cortacabezas.

LONGINO. No suda por la subida
Longino, lo que le pesa
es que en más de quince días
no pudo teñir sus trenzas
con la sangre de un cristiano.

PAJE ¡Cáspita!

STROZZI. Desde la escuela
está enseñado á lavarse
con sangre humana, y á fuerza
del hábito le parece
que el agua no limpia y quema.
(*Se esconden tras la colgadura.*)

ESCENA VII.

CATALINA, JULIETA, PAJE.

JULIETA. Tomaremos el ambiente
de la noche y la marea
y á esas nevadas mejillas,
hoy por los dolores secas,
aspirando su frescura,
tornará la primavera.

CATALINA. ¿A estas horas aquí el paje
de mi amante?

PAJE. Ha sido fuerza
que aquí la espere.

CATALINA. Sin duda
debo saber otras nuevas;
cuéntame, porque tú eres
el ángel que me consuela.
¿Dónde está? ¿No viene pronto?
¿Corre peligro? ¿En qué piensa?
¿No sabes tú si por mí
pregunta y de mí se acuerda,
y como yo á todas horas
suspira ó se desespera?
Háblame de él, habla pronto,
porque me falta paciencia
y esperar no puedo más.

PAJE. (Lástima me causa.) Sea,
como lo fué la pregunta,
escuchada la respuesta.
Una carta me entregó
y una escala hecha de cuerda
para dáros la; la carta
aquí la tenéis, y de esa
ventana pendiente está
la escala, porque se acerca
la hora en que debe venir.

(La da)

CATALINA. ¡Venir!

PAJE. Sí señora, lea.

(Mutis puerta fondo.)

ESCENA VIII.

CATALINA, JULIETA.

CATALINA. Veremos lo que la carta
contiene; mis manos tiemblan

- al abrirla. (La abre.)
- JULIETA. ¡Bah! dejaos
de melidres, y leedla
con plena satisfacción.
- CATALINA. No cabe duda, es su letra. (La mira y lee.)
«Esta noche, al dar las ocho,
»oirás de una gondolera,
»debajo de tu ventana,
»la sentida cantinela:
»no temas, seré yo mismo
»que iré á tus brazos; la cuerda
»que mi paje te dará
»ten sobre la orilla puesta.
»Espérame, vida mía,
»y adiós, el cielo nos vela,
»porque cuando dos se adoran
»dejan de ser de la tierra.»
¡Con que vendrá, será cierto!
- JULIETA. Pues no ha de serlo; en su esquila
lo dice bien claramente.
- CATALINA. Parece un sueño, Julieta,
todo cuanto está pasando.
- JULIETA. Tiene visos de novela
Vuestra historia.
- CATALINA. Al dar las ocho
dice, y ya las siete y media
hace rato que pasaron.
Si sintieras cómo tiembla
mi corazón ¡ay! parece
que de sus fibras intenta
desprenderse; hay en la vida
momentos que ni la ciencia
del sabio puede explicar...
ni comprender quien no sienta
las emociones que en ellos
con tortura el alma apenan.

CANTO.

- MARINERO. «Tras mi amante marinero
va mi góndola tendida
como en el mar de la vida
desbocado el hombre va:
tras el placer y la gloria,
y á despecho de la suerte,
mientras prepara la muerte
su trofeo funeral.
Que eh, que ah, que eh, que ah.»
- JULIETA. Ya de la pescadería

las barquillas á pasar
comienzan.

CATALINA. Sentida ha sido
la cántiga. ¿Si será?

JULIETA. No; las gondoleras tienen
muy diferente cantar:
son más tiernas sus baladas
y hieren el alma más. (Se asoman.)
Miraremos.

CATALINA. ¡Distinguiste
perfectamente el compás!

JULIETA. La bruma va levantando;
¡qué majestuoso el canal
lame con sus limpias aguas
por las calles, al cruzar,
las peñas en que cimenta
sus casas nuestra ciudad!

CATALINA. ¡Cuánta envidia cada una
de esas mujeres que van
con sus peces ó sus frutas
alegres, me hace causar!
Aparta, verlas me aflige.

JULIETA. ¡Buena aprensión! Vale más
la plantilla del coturno
sobre que pisando va
Catalina, que cuanto ellas
tienen en su pobre ajuar.

CATALINA. Sí; pero ellas van alegres
con su mugriento cendal,
y en su regazo dormido
un beso á su infante dan
dichosas cuando son madres;
y cuando no, del cantar
de su mozo agradecidas
desde sus rejas allá
para su sombrero tiran
una cinta de coral
con un letrero que «amor»
dice en letras de arrayán;
y el amante sus playeras
vuelve otra vez á entonar,
y nadie porque se quieran
los quiere en el mundo mal.

JULIETA. También sus penas, señora,
esas mujeres tendrán,
y la pena sobre todas
mayor, que es no tener pan.
Todo está con proporción
repartido por acá:
el que en belleza nos gana,

se queda en talento atrás;
el que se afana por gloria,
por ella suele acabar,
y el que más oro amontona
cuidados agolpa más.

CATALINA. Nunca como hoy te encontré
tan filósofa.

JUL'ETA. Será...

CATALINA. Es que tú sentir no puedes
lo que yo siento pasar,
cada segundo que cruza
dentro de mi loco afán.
¿No recuerdas la canción
de la barquera?

JULIETA. Sí tal.

CATALINA. Parece una alegoría
destinada á presagiar
el rumbo de mi destino.

JULIETA. La imaginación procaz
es quien abulta las cosas
á su capricho, y será
cántico augur para ella
lo que es sencillo cantar.

CATALINA. Déjame sola; quisiera
que á Dios mi oración mental
llegara, y ante él de hinojos
pedirle tranquilidad;
cuando el alma está abatida
quiere en vano á su pesar
hacerse grande, Dios sólo
su calma la volverá.

*(Julieta se retira puerta lateral. Catalina
se arrodilla ante el crucifijo.)*

ESCENA IX.

CATALINA, STROZZI y LONGINO.

STROZZI. (El pensar aletarga su cabeza.)
¡Catalina!

CATALINA. ¿Quién es, quién atrevido?...
¡Asesinos!

STROZZI. ¡Silencio!

CATALINA. ¡Atrás! Lo pido
por la cruz del Señor; tanta vileza
no la perdona Dios, atrás villanos;
si por oro venís... de mi tesoro

- las llaves os daré, yo os daré oro,
pero apartad vuestras impuras manos.
- STROZZI. Mozénigo nos manda en los tapices
ocultar de esa rica colgadura
y á Gerardo esperar.
- CATALINA. Más amargura
quiere darme á apurar.
- STROZZI. Siempre infelices
vigilados seréis, bajo mi cargo
hoy de tu amante colocó la vida,
y presenciar su eterna despedida
ó arrojarle al canal es hoy mi encargo.
Muy pronto va á venir, y aquí perjura
le negarás tu amor con fingimiento;
lo ordena el Tribunal, porque es su intento
un reino conceder á tu hermosura.
Mas si una sola seña, una mirada
te comprende Gerardo, nada alcanza
á salvarle esta vez. y tu esperanza
con su existencia quedará enterrada;
piensa bien lo que hacer.
- CATALINA. ¡Eso es horrible!
¿Esposas no tenéis? ¿No tenéis hijos?
¿No tenéis corazón? ¿Duelos prolijos
cambiar no harán á vuestra faz terrible?
Yo os haré poderosos: mis pendientes,
mis anillos tomad, en otro clima
felices viviréis, sin que se imprima
la huella criminal en vuestras frentes.
- STROZZI. Nada vale su oferta; nuestras vidas
pendientes van del argos que nos manda,
y quien de sus preceptos se desmanda
pasto á los peces da: ni comprendidas
tus palabras serán por este idiota
que no sabe sentir, su razón ciega
al mismo ser de su existencia niega
y sed de sangre en sus entrañas brota.

CANTO.

«Despeja la tormenta
los tilos de la playa,
la tórtola desmaya
en brazos de su amor.
Yo, tórtola, tu nido
defenderé constante,
y estando con tu amante
que brame el aquilón.»

STROZZI. Esa es la seña.

CATALINA. Consentir no debo
(*Se dirige á la ventana.*)
que Gerardo entre aquí.

STROZZI. Necia, detente;
aquí debe entrar; si eres prudente,
de ese bruto feroz no será cebo. (*Se oculta.*)

ESCENA X.

CATALINA.

¡Oigo crujir los nudos, se me eriza
el cabello y helar mi sangre siento!
¡Sepulcral me parece el pavimento
y mi propio pisar me aterroriza!

ESCENA XI.

CATALINA y GERARDO.

GERARDO. ¡Catalina! ¡qué hermosa! ¡cuánto alumbra
de tus ojos la luz! ¿Triste, alma mía,
está tu corazón? Yo haré que ría:
tu nevado carmín aun se vislumbra
y aun vale más la lágrima brillante
que vierte tu pupila, encanto mío,
que el espejo del mar, que el claro río,
y del cielo la bóveda colgante. (*Estrecha su*
Nada me dices, y tu mano yerta [*mano.*]
convulsa entre las mías se estremece,
¿por qué? ¿por qué tu padecer acrece
y está tu boca de frescor desierta?

CATALINA. Sólo puedo llorar; me desahoga
este llanto que el alma comprimida
deja verter, es bálsamo de vida,
savia del corazón que el peso ahoga.

GERARDO. ¡Qué bella estás! Envidia á tu pureza
tuvieran la virtud y blanca rosa,
y á tus galas pintada mariposa
y la palmera á tu gentil cabeza.

CATALINA. ¡Ay Gerardo! terrible desventura
gravita sobre mí.

GERARDO. Bien sé que abona
á tu ambición Venecia una corona,

pero corona de vileza, impura.
¿No es cierto, dime, que partir prefieres
conmigo á otra región? Bajo mi egida
al blando arrullo del amor mecida,
envidiada serás de otras mujeres.
Erguido mi corcel, tu leve peso
sobre sus lomos con gallardo brío
ufano votará. Sauce sombrío,
cuando cansada estés... bajo su espeso
ramaje de topacio y esmeralda
templada sombra á tus cabellos de oro
les prestará también; sí, y al canoro
pintado colorín, cuando en tu falda
venga á posar por el calor rendido
batiendo el tornasol de sus alitas,
te llevará en su pico margaritas
y su trinar halagará tu oído.

CATALINA. ¡Ay! calla, calla; ¡el corazón arranca
tu mágico pintar! no puedo oírte.

GERARDO. ¿Te ciega la ambición?

CATALINA. Debo decirte
que no hablas ya con tu azucena blanca.

GERARDO. ¡Cómo! ¡infeliz, ¿perdiste tu pureza?

CATALINA. Sí; me vendí.

GERARDO. ¡Mentira!

CATALINA. Un voto horrible
me separa de ti.

GERARDO. No, no es posible;
antes que yo creyera en tu impureza
me faltara el honor, la bizarría:
dime que me aborreces, lo prefiero:
á elegir entre un rey y un caballero
no has debido dudar, se descorría
un mundo de placeres á tus ojos
y corriste tras ellos; bien hiciste.
Pero impura jamás; si me fingiste
mentido amor... si de tus lábios rojos
era falsa la risa que encantaba
mi dorado existir .. yo te perdono;
eres mujer, y te deslumbra un trono.

CATALINA. ¡Lo pudiste creer! no, yo te amaba
(*Se mueve el tapiz y Catalina observa el
puñal de Strozzi y Longino.*)
y... dije mal, dije mal, no te quería,
remunerando acaso tus finezas
¡perdóname! te prodigué ternezas,
pero siempre mi labio te mentía.

GERARDO. Bien, Catalina, bien; un desengaño
al fin es un tesoro de experiencia
que nos puede servir; gracias, paciencia

sabré tener para sufrir mi daño
sin humillarme á mendigar amores
de quien perjura á sus promesas siendo
me supo despreciar, baja vendiendo
su fe y su libertad por los honores.
Satisfecha estarás; soy generoso
y no quiero venganzas, las desprecio.
¡Adiós! de mi cariño será el precio
tu retrato no más; bien, orgulloso
siempre estaré con él; él no me miente
ni me abandonará, siempre conmigo,
pero lejos de ti será mi amigo.

CATALINA. Déjame ya; se agolpan á mi mente
tantas en confusión negras ideas,
que no sé dónde estoy; aun no te has ido...
marcha, sentí pisadas, ¿no has oído?
me vienen á buscar, nada me creas;

(Strozzí la muestra el puñal.)

delirante quizá. . no, no es delirio,
ten compasión de mí; pero... ¿qué esperas?
¿no ves que van á entrar?

GERARDO. Si me digeras
por qué con tal afán ..

CATALINA. ¡Oh! mi martirio
tener no puede igual... *(Se oye un silbido.)*
¡Me causa miedo

ese silbido triste!

GERARDO. Es un aviso
que me manda bajar; apenas piso
seguro en un lugar, apenas puedo
estar libre de espías un momento;
pronto, muy pronto dejaré esta tierra,
y empuñando una lanza, le haré guerra
hasta dejar deshecho su cimientto.
A Rodas voy, allí de la armadura
de su Santa Hermandad seré investido
y con espada y cruz... frente al valido
haré de Lusiñán; tanta bravura
su asesino puñal... yo le aseguro
que no sabrá tener, pecho con pecho
y rival con rival, uno desecho
de los dos ha de ser, yo se lo juro.

(Se repite el silbido.)

Debo salir, ¡adiós!... tu blanca mano
permíteme besar la vez postrera. *(La besa.)*
Gracias; mira... ¿radiante en la ancha esfera
un lucero no ves? del norte cano

(Llevándola á la ventana)

es la estrella Polar, si unir quisieres
en un punto, y un punto cada día

concentrada tu alma con la mía...
cuando las nueve den... donde estuvieres
alza tus negros ojos á su hoguera,
fijos allí recorrerán tu historia
los míos á la par, y esta memoria
nos unirá una vez á dondequiera
que podamos estar.

CATALINA. Bien; te prometo
todas las noches contemplar su tea
cuando las nueve den; en ella sea
donde el Señor nos una.

GERARDO. Este secreto
un tributo será del bien perdido.

CATALINA. ¡Adiós!

GERARDO. Hasta el lucero de mañana;
el cielo te bendiga y más galana
te mire cada vez darme al olvido.
(Marcha por la ventana.)

ESCENA XII.

CATALINA.

El te guarde también. ¡Habrá tormento
que pueda ser mayor! ¡A Rodas dijo
que pensaba partir! y me bendijo...
¡que noble corazón! ¡y en mi ardimiento
no pudo comprender que le mentía!

ESCENA XIII.

CATALINA, STROZZI y LÓNGINO.

STROZZI. ¡Ni lo comprenderá! Desde ahora mismo
abierto entre los dos queda un abismo;
mañana .. á bordo cuando raye el día.
(Se dirige á la ventana.)

FIN DEL FRÓLOGO.



AGTO PRIMERO



Alameda del jardín de un casino de Nicosía, alumbrada por farolillos de colores; á la izquierda, el Marquesito con dos caballeros venecianos sentados á una mesa; á la derecha, Fortunato con dos chiprenses bebiendo en otra.

ESCENA PRIMERA.

•Dichos.

FORTUN. Señores, lo que es al vino
de nuestra tierra, no igualan
ni el ponderado del Rhin
ni el rico Jerez de España.
Otro vaso á la salud
de la independendencia.

CHIPR. 1.º Vaya,
còn otro par de docenas
y con más, si es que os agrada.

FORTUN. ¡Pues no! beber y brindar,
cuando se brinda á la patria,
es el más dulce beber;
y luego, que la garganta
más afición cobra al vino,
cuando más por ella pasa.

CHIPR. 1.º Mejor fuera que á dar tajos
cada cual se acostumbrara,
que á resistir el buen ron

- FORTUN. y á cortejar á las damas.
A todo se puede hacer:
las mujeres en las salas,
en los banquetes el vino
y en la guerra cuchilladas.
- MARQ. ¿Qué os parece de los tres
que allí retirados campan,
con el licor frente á frente
colocados en batalla?
- VEN. 1.º Paréceme que los tres
serán hijos de algún mandria;
en fin, isleños son todos,
y con decir esto basta.
¿Qué nos importa que beban?
Pobres necios, con su charla
se olvidarán de que llevan
la coyunda sobre el alma.
- MARQ. Bien mirado, todos dicen
que el vivir es una carga.
- VEN. 1.º Sí; pero á los unos toca
ponerla y á otros llevarla.
- MARQ. ¡Ja. ja! me mueven la risa
con sus ridículas caras.
- FORTUN. ¿Sabéis que me va cargando
aquel mocito calandria,
con su tímpano de cínife,
con su risa de chicharra
y más trazas de marisco
que de ser persona humana?
- MARQ. ¡Ja, ja! tienes ocurrencias
que debieran, por lo raras,
ser escritas en la frente
de alguno de esos canallas.
- VEN. 1.º Habla más bajo; parece
que nos escuchan.
- MARQ. Pues tragan
saliva si los entienden,
y saliva bien amarga.
Dime, y dejando esos nenes,
¿qué tal las cosas se fraguan
de palacio?
- VEN. 1.º Siempre en popa
pega el Nordeste.
- MARQ. Me extraña;
que hará dos meses cumplidos
no he podido ver la cara
de Lusiñán en el circo,
ni en la calle ni en la plaza.
- VEN. 1.º Será que tenga viruelas
y salga á pasear con máscara.

MARQ. ¡Ja, ja! cada chascarrillo
me causa una carcajada.
¿Y la reina?

VEN. 1.º Su salud
sigue, como siempre, escasa;
este mes está más debil;
apenas más calles anda
que las que al templo conducen
y á este casino; aquí para
muchas tardes á beber
con alguna de sus damas,
y al coche vuelve á subir
sin cortesanos de cámara;
porque la reina, señores,
es en tanto grado franca,
que á menos no tiene hablar
con la más simple aldeana.

MARQ. Acertados estuvieron
los del Consejo al nombrarla.

VEN. 1.º No tanto; para reinar
se necesita más alma;
no es ella la que en el rey
ni en los estados hoy manda,
sino Mozénigo; ella
no es tan reina como santa.

MARQ. ¿Y el infante?

VEN. 1.º Aunque muchacho,
dotes descubriendo raras
va de singular valor,
que dirigidas con maña
nos dejarán, muerto el padre,
un obediente monarca,
y con su cetro de hierro
sofocará las brabatas
con que nuestro orgullo amengua
la descarada canalla.

MARQ. Bueno fuera que en teniendo
diez años más, no intentara
su tutela emancipar.

VEN. 1.º No lo hará; las cosas marchan
favorablemente; entonces
las pasiones apagadas
que hoy se agitan, habrá paz,
y de no haberla, no falta
poder en nuestro gobierno
para mandarle á otras playas.

MARQ. ¡Ja, ja! ¡y que bien harían
si el vástago trasplantaran!

FORTUN. Está visto; el mozalbete
con su ¡ja, ja! me empalaga,

- y si vuelve á hacer ¡ja, ja!
van los vasos á su cara.
- CH!PR. 1.º Tienes razón; me presumo
que de nosotros hablaban,
y si tal fuera, prometo
que habían de vender cara
su chanzoneta mordaz.
- FORTUN. Probaremos: á la patria,
señores, y al primogénito
del Lusiñán que nos manda. (*Brindando.*)
- MARQ. ¡Ja, ja! ¡vaya un brindis célebre
por la verdad que le falta!
- FORTUN. ¿Sabe usted, caballero, (*Levantándose.*)
que me está poniendo en ascuas
desde que le estoy oyendo
con sus nécias risotadas?
- MARQ. ¿Habla usted conmigo?
- FORTUN. Sí.
- MARQ. ¡Con que en brasas!
¿Qué es eso? ¿Es un pescado
ó es fuego? ¡Qué traigan agua!
- FORTUN. Sí; que la traigan, y pronto,
porque mientras haya espadas
no ha de haber lenguas que insulten
cuando se pueda cortarlas.
- (*Los venecianos desenvainan sus puñales y los chiprenses sus espadas.*)

ESCENA II.

Dichos y MOZÉNIGO.

- MOZÉNIGO. Calla.
¿Aquí, señores, aquí,
en un jardín hacéis gala
de diestros esgrimidores?
No es la ocasión acertada,
y cuando menos iríais,
por un juego de palabras,
á volver carnicería
este sitio, en que las galas
lucen de vuestras queridas
y en que esta noche con danzas
se preparan regocijos.
- FORTUN. Ningún chiprense las chanzas
está obligado á sufrir
que á su pundonor atañan.
- MARQ. ¡Ja, ja, ja! por Lusiñán

y por la patria brindaban,
creyendo que ésta lo era
y que aquél los gobernaba.
¡Ja, ja!

MOZÉNIGO. Nada, caballeros, nada;
pediremos cubiletes,
y en jugando una rodada
amigos, y cada cual
à descansar á su casa.

MARQ. Convenido.

FORTUN. Por nosotros,
siendo juego, nos agrada
lo mismo que con mandobles
con cubiletes ó tablas.

MOZÉNIGO. Pues ea, mozo. *(Llamando.)*

CRÍADO. Señores.

MOZÉNIGO. Un juego pronto prepara
de dados y cubiletes
en la mesa de pizarra.

(Se retiran á una mesa.)

ESCENA III.

Dichos, después STROZZI.

MOZÉNIGO. Teniendo estas gentes juego
no hay temor que ocurra nada;
hacen bien, la vida es juego
y el que no juega no gana.

STROZZI. Señor...

MOZÉNIGO. ¿Qué ocurre?

STROZZI. Há dos horas

pasó al galope la rambla
Gerardo, y descabalgando
frente al parque, paseaba
aquí mismo hace un momento.

MOZÉNIGO. ¿Dónde?

STROZZI. En la alameda alta.

MOZÉNIGO. Bien está; pues allí torna
en su busca, y si le hallaras
sigue rastrero su paso,
como la estuta alimaña
de las hojas á favor
de las copudas acacias,
y en siendo ocasión...

STROZZI. Entiendo.

MOZÉNIGO. En tanto, yo por las salas
del baile te esperaré,

ó en este sitio, mañana
de palacio gentil hombre
he pensado hacerte.

STROZZI.

Gracias.

(Mutis, fondo derecha é izquierda.)

ESCENA IV.

GERARDO.

(Entra por distinto lado.)

Merced á la buena estrella
que aquí me trajo, más calma
desde que á Chipre llegué
parece que me regalan
sus alegres moradores
de la que hallar esperaba.
Rueda el oro, me recuerdan
las costumbres venecianas
esos cortesanos débiles
que en dilapidar se afanan
sus fortunas, retirados
de los campos de batalla.

(Fortunato se levanta y viene al proscenio.)

FORTUN. Salud tenga el extranjero.

GERARDO. Salud el chiprense traiga;
pero siento que en mi obsequio
se aleje de la algazara
que los jardines le brindan.

FORTUN. Pienso que será más grata
vuestra amistad, y por ella
los debo dejar, me cansa
de las variadas esencias,
y el guirigay de palabras,
de la orquesta, y el mareo
del baile, la mezclanza,
y asuntos de más altura
mi tranquilidad reclaman.
Por otra parte, noté
que en vuestra cimera alzaba,
sobre cuatro verdes plumas
obra de matices gaya,
su penacho tricolor
símbolo de nuestra alianza,
y por ella abandonando
bulliciosos camaradas,
acompañarme propuse
al buen hermano.

(Los caballeros se retiran.)

- GERARDO. Mis armas
y mi brazo vuestras son,
pues también la cinta gaya
en el sombrero lleváis
sobre la verde esmeralda.
- FORTUN. Bien, extranjero; mi apoyo
será tuyo, y de hoy entrada
tendrás en nuestros secretos;
pero saber cuanto ataña
á tu persona quisiera.
- GERARDO. Son breves las pinceladas
de mi historia, y en mi frente
la indiferencia las graba.
Nací en la mar una noche,
no me han dicho si fué clara,
ni en que costa todavía;
presumo que en las del Asia.
Ignoro dónde el bautismo
recibí, pero me llaman
Gerardo Couci; de joven
una pasión malograda
me llevó á Rodas; allí
vestí la ropa cristiana
que veis, caballero haciéndome
de su orden; que buscaban
su libertad los chiprenses
supe, y asocié mis armas
á las suyas; la licencia
de mis superiores dada
para que pueda pasar
aquí cuatro meses.
- FORTUN. Basta.
- GERARDO. Llegué en esta misma tarde
á Nicosia, y cuando entrada
fué la noche, á este casino
me dirigí; en él pensaba
hallar algún aliado
á quien la noticia infausta
revelar de que muy pronto
una flota veneciana
debe sitiarnos, y acaso
antes que llegue mañana
saltará en tierra, cortando
el tronco á nuestra alianza.
- FORTUN. No; son hondas las raíces
de nuestra liga: se arraiga
en el palacio y extiende
por todas partes sus ramas.
- GERARDO. Poco importa; muchas son
las velas que manda Italia,

- y á no estallar esta noche
el alboroto, baratas
conseguirán nuestras vidas.
- FORTUN. Sólo para ello nos falta
proponer las transacciones
hoy mismo á la soberana.
- GERARDO. ¿Y cuáles son?
- FORTUN. Que su hijo
reine, faltando el monarca,
de Venecia independiente,
y que su ministro vaya
donde más á ver no vuelva
nuestro sol.
- GERARDO. De ello se encarga,
si os place, Gerardo Couci.
- FORTUN. No; la comisión es ardua,
y ésta sólo á otra persona
bajo juramento dada.
¿Conocéis á nuestra reina?
- GERARDO. Tanto, que si yo la hablara,
os prometo que serían
las condiciones firmadas.
- FORTUN. ¿Y cierto sois que esta noche
debe de llegar la armada?
- GERARDO. Tan cierto, que en arribar
dos horas tardará escasas.
- FORTUN. Preciso entonces será,
que abreviemos; aquí para,
de su primer camarista
á las nueve acompañada,
Catalina, apenas dan,
por esa calle de dalias,
recogiendo algunas flores
la camarista se aparta
y ella en tanto mira al cielo
y con el llanto se empaña.
Yo, recogiendo también
para la modesta dama
de honor las flores más bellas,
tejerla suelo guirnaldas
ó alegóricas macetas...
- GERARDO. Que ella con usuras paga...
- FORTUN. Sí; por una risa suya
diera yo cuantas el alba
tiene para los poetas
delicias inapreciadas.
- GERARDO. ¿Os amáis?
- FORTUN. Yo por lo menos
sé que la adoro, y que me ama
ella me dice también;

miradlas allí, las gradas
bajan del jardín.

GERARDO. Hermosas
parecen como dos hadas;
Su elección honra el buen gusto.

FORTUN. Mientras ellas se separan
yo os diré lo que he pensado
y pronto con la embajada
aquí volveréis; entremos
en tanto por esas matas.

(Se retiran por el fondo)

ESCENA V.

CATALINA y JULIETA.

CATALINA. Qué serena está la noche,
bajo la luna callada
los céfiros el crespón
plegan de sus mansas alas
y de su color de fuego
el tulipán no hace gala.
No te parece, Julieta,
que en estas horas de calma
nuestro espíritu recobra
toda su grandeza y se alza
á otro mundo superior
de la materia pesada
desprendido...

JULIETA. Me parece
que siempre lleváis tan altas
las cosas, que apenas puede
mi inteligencia tocarlas.
Yo bien sé que ese jardín
es hermoso, que embalsaman
las brisas sus florecillas
sobre su tallo agitadas
y que el silencio que reina
entristecer puede el alma;
pero por esto, señora,
mi espíritu no se agranda,
no se abisma en su aflicción;
las cosas hay que mirarlas
como son, y no forjar
nosotros visiones vanas.

CATALINA. Julieta, no me comprendes,
ó mejor dicho, te engañas. .
Esa bóveda que miras

de otros mundos tachonada
no se labró porque al hombre
con su artesón recreara,
ni es azul como la vemos
ni son sus mundos de llama.
Esa purísima esencia
que de los tilos se exhala,
y esas pintadas corolas
por la frescura plegadas,
esquivando de la sombra
sus preciosas filigranas,
no son como las figuras
sólo esencias, sólo plantas,
hay algo más en su germen
cuando marean y extasfan,
cuando también su existencia
se reproduce y se acaba,
cuando tanto simbolizan
para el que llega á estudiarlas.

JULIETA. Sí; pero nosotros vemos
con los ojos de la cara
solamente.

CATALINA. ¿Y no podemos
ver también con los del alma?
Bien que razonen los sabios,
pero sientan las damas.
No recuerdas que Gerardo
á todas horas hablaba
del sentimiento y decía
que en el lodo vegetaban
los que sentir no podían.

JULIETA. Olvidaos de esa máxima;
con los años los recuerdos
se borran.

CATALINA. Mas no el que cava
tan hondo que á todas horas
su arpón en el pecho clava.
Déjame; ya dió la hora
en que un tributo le guarda
mi memoria; tú, entretanto,
córtame una acacia blanca
para las trenzas, y espera
mientras mi amante plegaria
concluyo.

JULIETA. Siempre lo mismo.

CATALINA. Una promesa es sagrada;
Dios presencia nuestras obras
y escucha nuestras palabras.

ESCENA VI.

CATALINA.

(Durante esta escena Gerardo la estará contemplando.)

¡Lucero! ¡bello lucero!
tal vez plácida morada
de otros seres más felices:
de tu carroza de plata
para las ruedas un punto
como en ti mi vista para.
¿A quién alumbra tu luz?
¿Cuántos siglos há que vagas
perdido por ese golfo
de inmarsecibles distancias?
Diez años hace que miro
á esta hora tu chispa diáfana:
diez años hace que hundir
te he visto en las aguas cárdenas
tras la encanecida zona
del polo de las escarchas.
Dime, lucero, ¿otros ojos
en ti su vista no clavan?
¿Por qué esos ojos, lucero,
en tu espejo no retratas?
¡Ay! ¡será que no te miran
porque de ti se olvidaran!

ESCENA VII.

CATALINA, GERARDO.

GERARDO. No, Catalina.

CATALINA. ¿Quién es?

¡Su voz!

GERARDO. También le miraban,
porque así lo prometieron.

CATALINA. ¿Eres Gerardo? Me engañas.
¿Eres su sombra quizá
y en su nombre me demandas?
Me causas miedo.

GERARDO. Temores
deja de quimeras vanas;
soy Gerardo, el caballero
de Rodas, no el que en las mallas
de la red de tus encantos
ciego de amores trocara

por uno de tus cabellos
el cetro de mil monarcas.
No, Catalina, pasaron
tiempos de ventura tanta,
como pasa la frescura
de los pétalos de grana
para las trópicas flores
cuando su sol no las baña.

CATALINA. ¡Permite que te contemple;
no puedo hablar, se me arranca
la túnica al corazón
y tanto placer me mata!
¡Cuánto los padecimientos
te mudaron! Ateizadas
están tus blancas mejillas,
tu finura cortesana
trocada en aire marcial
y severa tu mirada.
¡Ay! tanto al mirarte gozo,
que ya, necia, me olvidaba
que soy esposa.

GERARDO. Me veda
tu amor á mas otros valla
imposible de vencer.
Bajo la estola cristiana
y la cruz negra que ves,
solemnes votos me apartan
de tu cariño, y amor
sólo tengo á la venganza.
¿Recuerdas la noche oscura
en que al pie de tus ventanas,
rasgando la espesa bruma,
las gondoleras pasaban?

CATALINA. Lo recuerdo.

GERARDO. En los tapices.
de tu alcoba...

CATALINA. ¡Calla, calla!

GERARDO. Yo, creyendo en tu ambición,
te abandoné; mas pasadas
las primeras emociones
supe que no era tu mancha
causa de mi expiación;
y ya la guerra acabada
que me ocupó, vengo aquí
con sed de esgrimir mis armas,
á pretender que renuncies
la dependencia mañana
de Venecia, ó á batirme
con Lusiñán á estocadas.
Aquélla me robo el bien

único que yo contaba,
y éste fué quien la pureza
borró de sus hojas blancas.
Uno al menos de los dos
no ha de quedar sin su paga.

CATALINA. Pretendes un imposible;
la sumisión á mi patria
nunca podré emancipar
aunque quisiera.

GERARDO. Te engañas;
la independencia de Chipre
va á ser á las diez sellada
con tu anillo real; no lejos
de este casino, las gradas
con faroles estarán
de una casa, apellidada
vulgarmente del idiota,
según me dijeron; pasa
su puerta, sobre la cual,
sin más relieves ni barras,
en un triángulo de bronce
dos columnas hay talladas,
y allí sabrás lo que pide
el pueblo á su soberana.

CATALINA. ¡Y mi afrenta! Las naciones
pensarán que adulada
por la ambición del poder
rompí por ella las trabas,
faltando á mis compatriotas.

GERARDO. Injusta fué su alianza,
y con retorsión injusta
justamente se les paga.
¿Con qué derecho esta isla
tomaron y con cuál mandan?
Si ellos con el de conquista
derecho, que así lo llaman,
esclavizaron su pueblo,
la reconquista es muy santa;
sus títulos son de fuerza,
y la fuerza es quien bizarra,
negando sus preminencias,
contra su alcurnia se alza.
Además, tienes un hijo,
y sobre él las asechanzas
del Dux y de su Consejo
será fácil que recaigan;
ellos le atormentarán
mientras reinare, y si estalla,
por otra parte, esta noche,
como es fácil, la borrasca

que los hijos de la isla
tienen aquí preparada,
¿quién, presumes, Catalina,
que hasta tu palacio vaya
para salvar al infante
de las negras oleadas
que la muchedumbre, ciega,
en tales casos levanta?

CATALINA. ¿Y el rey?

GERARDO. Enterado está
de cuanto en la corte pasa
y preside nuestro plan.
Conspira contra las trabas
del Dux y á su esposa oculta
sus proyectos, porque la ama
y prefiere sufrir solo
el peso de sus desgracias.

CATALINA. ¡Infeliz! ¡Cuánto daría
porque la salud cobrara!
Hará un mes que apenas duerme;
sus fuerzas debilitadas
más cada vez se estenuan,
y el delirio le arrebató
todas las noches.

GERARDO. Por él
tiene facultades amplias
su esposa, para pedir
la libertad de las gradas
del trono para su hijo.

CATALINA. ¿Y cuando lo haré?

GERARDO. En la casa
del idiota, y á las diez
en esta noche sin falta.
De no asistir, es posible
que, si el huracán estalla,
corras peligro de ser
por extranjera arrastrada.

CATALINA. Iré; quiero presenciar
lo que en mi pueblo se fragua,
mirando una vez de cerca
lo que de lejos miro tantas.
Mi honor en ello no amengua,
y mi dignidad más se alza,
cuando á mis súbditos más
su mano á tender alcanza.

GERARDO. Pronto en ella nos veremos.

CATALINA. Adiós.

GERARDO. Estaré á su entrada.

*(Gerardo se va por distinto lado del que
entra M osénigo.)*

ESCENA VIII.

CATALINA y MOZÉNIGO.

MOZÉNIGO. ¡Siempre del bullicio lejos!

CATALINA. Prefiero aspirar las auras
del jardín, á los perfumes
del baile.

MOZÉNIGO. Mucho me pasma
de vuestra rígida accesis
sobre todo la constancia,
y siento que envejecéis
sin que admiren vuestras gracias
tantos apuestos galanes
á quien ellas cautivaran.
No sé qué atractivo tenga
esa vida solitaria,
y á menos que á veros bajen
los silvanos de la fábula,
no comprendo que á estas horas
recrear os pueda nada
en estos sitios...

CATALINA. Tenéis
razón; aquí todo calla,
y de esos macizos mármoles
las figuras proyectadas,
por sus colosales sombras,
pánico y tristura causan.

MOZÉNIGO. Sin embargo, me parece
que hay aquí mármoles que hablan
y que ese miedo que infunden
con sus ocurrencias cambian.

CATALINA. Esa ilusión no me ofende.

MOZÉNIGO. Pasarémosla olvidada.
¿Y me diréis hasta cuándo
no ha de haber bandera blanca
desplegada entre los dos?

CATALINA. Nunca.

MOZÉNIGO. Pensadlo con calma;
la salud de Lusiñán
está tan debilitada,
que su vida por momentos
extingue sus llamaradas.
A su muerte, la corona
piensa dejar abdicada
en su hijo, y como acaso
su muerte esté muy cercana,
preciso es que concertemos

lo que más cuenta nos haya,
y aparte nuestras rencillas
desde ahora quedando vayan.

CATALINA. Hace ya más de diez años
que estoy sufriendo amenazas
y desprecios cada día.

MOZÉNIGO. Paz propuse, y aceptarla
no habéis querido jamás.

CATALINA. El honor me lo mandaba,
como me lo manda ahora.

MOZÉNIGO. Pues al honor las desgracias
contad, y si se enternece
ved si puede aminorarlas.
Por mi parte, estoy resuelto
á cumplir con lo que manda
el Dux, aunque es muy cruel
su decisión.

CATALINA. ¡Aun me falta
más acíbar que gustar
y más torturas me faltan!
¡Tigre! ¡Me piensas quitar
el hijo de mis entrañas!
¡Oh! primero esta mujer
las tuyas despedazara!

ESCENA IX.

Dichos y JULIETA.

¡Señora, señora! he oído
muy cerca ruido de espadas,
y estoy temblando de miedo:
me ha parecido que hablaba
el rey.

MOZÉNIGO. ¿El rey?

JULIETA. Sí. ¿No oís?

MOZÉNIGO. Alguien juega á cuchilladas.

CATALINA. Julia, vamos, yo también
estoy temblando.

MOZÉNIGO. (Algo pasa.)
(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA X.

LUSIÑÁN.

¡Miserables! y es á esos
á quienes dicen que pagan

de mi erario; ¡vive Dios!
que si fuerzas no me faltan,
no les dejo de seguir
hasta dar cien estocadas!
¿Dónde mis guardias están?
¡Mucho baile y algazara,
y bajo de los salones
adonde los unos danzan,
otros á los indefensos
acometiendo á mansalva!
¡Mozénigo! ¡Consejeros!
chambelanes de mi cámara!
¡Ninguno busca el retiro!
¡Aprenden más con las damas,
porque es gentecilla igual!

ESCENA XI.

LUSIÑAN y MOZÉNIGO.

MOZÉNIGO. Señor, ¿su alteza llamaba?

REY. Sí; llamando estoy á voces,
y tanto llamar me cansa.
¿Quién es de mis consejeros
el que sabe lo que pasa
esta noche en el casino?
¿Por qué pegan puñaladas
al que atraviesa esas calles
sin desenvainar su espada?
¿Por qué la reina en palacio
desde anochecer no estaba.
ni aquí, como de costumbre,
no se sabe dónde para?

MOZÉNIGO. Sosegaos: á su alteza
tranquilidad hace falta
antes que todo, después
el mismo que aquí escuchaba
se encarga de rendir cuentas
de cuanto en Nicosia pasa.
Habéis defendido á un hombre
frente á las empalizadas,
á quien el feroz Strozzi
me figuro que asaltaba...

REY. Cierto.

MOZÉNIGO. Ese hombre era Gerardo,
rival de tan buenas mañas,
que después de largos años
de ausencia, conferenciaba

con la esposa de su alteza,
las más inauditas tramas
de este mismo lugar.

REY. Piensa bien, si es que me engañas,
lo que tu labio me dice.

MOZÉNIGO. Pruebas tengo y ellas hablan.

REY. Pues... sigue; porque mi entierro
si es, como dicen, mañana,
cortejo quiero que lleve
de mil víctimas humanas.
¡Ningún amigo me queda!

MOZÉNIGO. ¡Señor!

REY. Y sólo me falta
que me venda Catalina.

MOZÉNIGO. Siento decíroslo: acaba
de citar para las diez
á su amante en una casa.

REY. ¡Falso!

MOZÉNIGO. No.

REY. Pues su cabeza
ó la tuya en la jornada
vais á perder; no hay paciencia
para que cada mañana,
cada tarde y cada noche
ella me venga con lágrimas,
y tu diciéndome vengas:
¡Que Catalina os engaña!
He de saber de los dos
quién me miente.

MOZÉNIGO. (Ya le embarga
la fiebre; me compadece:
nuestras cabezas amaga,
y acaso le restan sólo
dos horas de vida escasa.)

REY. Dame tu brazo.

MOZÉNIGO. Apoyaos
con seguridad.

REY. ¿Hablabas
de una cita, no es verdad?

MOZÉNIGO. Sí.

REY. Llévame.

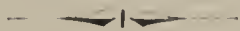
MOZÉNIGO. Cuando dada
sea la hora: mientras tanto...

REY. ¡La calentura me abrasa!

(*Marchan despacio.*)



ACTO SEGUNDO



Subterráneo con algunos arcos y paredes á medio derruir; en uno de los lados, una lámpara vieja; cerca de ella, una escuadra con una llana y un compás pendientes; bajo ellos, una mesa con algunos malos bancos; puerta grande en el fondo y otra pequeña lateral.

ESCENA PRIMERA.

LONGINO entrando por la puerta del fondo.

Está visto: por momentos
el cráter va fermentando,
y si rompe, será troya;
á las diez los conjurados
piensan tener su reunión,
y son las diez menos cuarto;
bien, ya coloqué las luces
en la escalera y los atrios.
¿Qué me importa que conspiren
porque mande Juan ó Paco?
pagan bien, y el que más paga
es para mí el mejor amo.
Alguno sube; me siento (*Lo hace.*)
y el santo y seña preparo.

ESCENA II.

LONGINO y STROZZI.

LONGINO. ¿Quién es quien pasa el umbral?

STROZZI. ¿No le conoces? un majó

que en busca de otro mejor
viene.

LONGINO. Tu venida extraño.
(¿Qué demonios á estas horas
mandarán este pelmazo?)

STROZZI. (Por lo visto, para entrar
tienen convenido santo,
y averiguarlo es preciso
si no puedo asesinarlo.)
Buena está la noche.

LONGINO. Buena.

STROZZI. ¿Se reza ó se está velando?

LONGINO. Ni se reza ni se vela;
se duerme, que es más barato,
porque vista ni saliva
se gastan.

STROZZI. Va, pues durmamos.
(*Se reclinan y hablan aparte.*)

(Si consigo que amodore
bastará con acostarlo.)

LONGINO. (Por fin, si finge que duerme,
más fácilmente le mato
antes que los otros vengan.)

STROZZI. (Pienso que los dos andamos
sobre cuál engaña á quién.)
¡Qué diantre! estoy desvelado.
Ya se ve, tanto correr.

LONGINO. Amiguito, los que estamos
tan atrasados ahora,
como hace más de diez años
con oficio semejante
allá en nuestra tierra estábamos,
dormimos sin aprensión;
pero tú, que ya tan alto
subiste, tendrás mil cosas
en qué pensar; no lo extraño.
Dime, ¿y qué es lo que se cuenta
de jaranas?

STROZZI. Deslenguados
charlan y votan y juran
en corrillos y en teatros.

LONGINO. ¿Sabes, Strozzi, que temo
que si se alzan, cada cuarto
de nosotros hagan ciento?

STROZZI. ¡Oh! si hubieran de pagarnos
á precio igual los que de ellos
á buena cuenta diezmamos,
de fijo que no cumplieran
con molernos en un tajo.
Pero no hay miedo, tenemos

- los extremos por el mango.
- LONGINO. ¿Cómo?
- STROZZI. Dicen que Longino ayuda á los conjurados, y si es cierto, salvaremos con cualquiera de los bandos.
- LONGINO. ¡Mienten! solamente ha sido de mis señores mi mano.
- STROZZI. Te creo; siempre serás el mejor de mis alanos. ¿Y no esperas á ninguno esta noche?
- LONGINO. Tres ó cuatro camaradas de los nuestros há un momento que marcharon. Pero ya dieron las diez, y á ninguno más aguardo.
- STROZZI. ¡Hombre! parece muy pronto.
- LONGINO. Es mi sueño muy pesado; con que, Strozzi, hasta mañana.
- (Se levantan.)
- Voy á cerrar.
- STROZZI. En hablando cuatro palabritas más.
- LONGINO. Bueno; si sólo son cuatro, entra en esa habitación
(Señalando y abriendo la puerta lateral.)
y espera, mientras apago las luces del soportal y mientras la puerta atranco.
- STROZZI. Es cosa de dos minutos; deja arder el alumbrado y ve delante; parece que está el piso poco claro.
- LONGINO. Basta la luz de la luna; del corredor en pasando verás mejor.
- (Entra Longino.)
- STROZZI. No es preciso: no llegaremos tan largo.
(Le pega una puñalada por detrás y cae dentro del pasillo.)
- LONGINO. ¡Traidor! ¡Me diste en el alma!
- STROZZI. Calla y muere .. en el terrado: pensabas herirme tú... yo me adelanté más cauto. Según caigan los traidores, se irá descubriendo el campo.
(Cierra la puerta del pasillo y se dirige á la del fondo.)

ESCENA III.

MOZÉNIGO y STROZZI; el primero con máscara.

MOZÉNIGO. ¿Quién sale?

STROZZI. ¿Quién entra?

MOZÉNIGO. Yo.

¿Y Longino?

STROZZI. Está entregando
su alma á Dios.

MOZÉNIGO. ¿Averiguaste
los nombres de los malvados?

STROZZI. Nada pude averiguar.

MOZÉNIGO. ¿Nuestra gente?

STROZZI. Está en el patio
oculta con disimulo.
¿No vendrá el rey?

MOZÉNIGO. Agobiado
por sus males, no ha querido,
sin duda, más agravarlos,
escenas tan poco gratas
para su honor presenciando,
y juzgo que no vendrá.

STROZZI. Todo va bien.

MOZÉNIGO. ¿Como cuantos
entrarán? Será preciso...

STROZZI. Pienso que serán contados.

MOZÉNIGO. Pon la máscara, y si vienen,
ser de la Liga finjamos
para presenciar su club.

STROZZI. Con que en guardia y en llegando...
(*Se pone la careta.*)

MOZÉNIGO. Cada cual saluda, calla
y se coloca en el banco
que mejor le place; asientos
no hay de diferente rango,
según parece; los nuestros
dices que están...

STROZZI. Apostados
en el patio.

MOZÉNIGO. ¿Son bastantes?

STROZZI. Ocho ó diez hombres; firmando
Catalina los papeles,
doy una voz y el legajo
recojo, mientras los diez
colocan á buen recaudo
á los chiprenses.

MOZÉNIGO. Y en tanto
yo solo con Catalina...
STROZZI. Silencio, se sienten pasos.
MOZÉNIGO. Paseemos y la voz,
si hablar nos toca, finjamos. (*Pasean.*)

ESCENA IV.

Dichos y LUSIÑÁN, también con máscara.

REY. He llegado á tiempo. ¿Quiénes
serán los enmascarados
que con tal aire pasean?
Nada me importan, descanso
necesito y á mi cuerpo
por ellos no he de negarlo. (*Se sienta.*)
MOZÉNIGO. ¿Le conoces?
STROZZI. Sólo sé
que por lo menos descaro
tiene.
MOZÉNIGO. Su descortesía
cumplidamente pagamos. (*Siguen paseando.*)
REY. La impaciencia me devora
y de los celos el dardo
clavado en el corazón
por arrojar lucho en vano.
¡La reina venir aquí,
de Rodas con un soldado,
¡á este mugriento zaguán!
¡Quiero, hasta verlo, dudarle!
porque dudo si creerlo
podré, aunque lo esté mirando.
¡Ella! la que yo creía
tan pura como los rayos
de la celestial corona
que á la Virgen colocaron
sobre inmaculadas sienes
los querubines alados.
¡Ella! la que siempre triste
sonríe porque el encanto
de su angelical sonrisa
sabe que elixir tan grato
es á mi lenta agonía
como los euros al mayo.

ESCENA V.

Dichos, MAESTRO FRACMASÓNICO, GERARDO,
FORTUNATO y otros conjurados con máscaras y capas negras.

MAESTRO. Adelante de la Liga (*Desde la entrada.*)
los venerables hermanos
cuyas vidas se consagran
de su patria en holocausto.
Hoy asuntos de interés
nos llaman; al pie sentaos
de la llana y el compás
en esa escuadra colgados;
ellos son el distintivo
que aceptó en el siglo octavo
el supremo Grande Oriente;
por Hiram, célebre sabio
y director en Salen
del gran Templo, fueron dados
de símbolo á la creación
de esta hermandad. Delegado
después á los Faraones
del Egipto, pregonando
vinieron hasta nosotros
la virtud.

Todos. Los acatamos. (*Se sientan.*)

FORTUN. Cumpliendo la comisión
que el maestro encomendado
hubo á mi celo... diré
lo que hacer pude. A un hermano
que la privanza merece
de Catalina Cornaro,
inicié del contenido
del pergamino, y hablando
hoy mismo con nuestra reina,
que estaba pronta á sellarlo
contestó, para lo cual
deberemos ser honrados
con su presencia esta noche.

MAESTRO. ¿Y quién es el aliado
á quien tal gracia debemos?

GERARDO. Pasarle podéis por alto,
porque nada el nombre implica.
Es un sér á quien robaron
los hombres cuanto en el mundo
llegó á tener de más caro;
un sér que nació al zumbido

del turbión y el Oceano;
hijo espúreo, de las olas
por el empuje abortado
y á quien sólo una armadura
de buen temple y un boyano,
bridón de crines espesas
ligero como un venablo,
aventurero sin patria
son los bienes que quedaron.

MAESTRO. Llor al valiente, tu fe
nos revela tu entusiasmo;
sigue en ella, que los buenos
tienen el premio más alto
si en la miserable tierra
no consiguen alcanzarlo.
¿De dónde vienes?

GERARDO. De Rodas.

MAESTRO. ¿Y adónde vas?

GERARDO. Donde esclavos
encuentre que rescatar.

MAESTRO. No será tu viaje largo;
los hallarás donde quieras;
males hay que necesarios
parecen; pero la reina
mucho en venir va tardando.

REY. No hay que esperarla, señores,
tiene favoritos varios
que mandar, y yo soy uno
á quien esta noche ha dado
preferencia, el real anillo
á mi cargo encomendando
para evitar las sospechas
de una impostura; miradlo.

(Coloca la mano sobre la mesa.)

GERARDO. (Este será el consejero.)

MOZÉNIGO. (Es el rey.)

(A Strossi.)

MAESTRO. Todos estamos
de la verdad convencidos.

REY. Mi persona autorizando
para emitir en su nombre
su voluntad, sin obstáculo
exponer podéis ante ella
las condiciones y pactos
que por su consentimiento
hayan de ser otorgados.

MAESTRO. Pues oid la voz del pueblo,
que es á quien representando
está este club. Los isleños,
cada vez más agobiados
son por esa tiranía

del déspota de San Marcos,
y á tanto las tropelías
alcanzan y los escándalos,
que seguro no tenemos
nada de cuanto hay sagrado.
Suyas son nuestras mujeres,
porque á ellos guarda el erario
rentas, destinos y honores
por el chiprense vasallo
que pordiosero hormiguea
con el sudor fecundados.
Suyos nuestros hijos son,
porque sólo hallan trabajo
por un trozo de pan negro
de grumetes en sus naos.
Suyas son nuestras haciendas,
porque ellos las apropiaron;
suyas son nuestras industrias,
nuestras modas, nuestro trato,
y está el comercio por ellos
tiempo ha monopolizado.

REY. ¿Y un monarca no tenéis
á quien primero quejaros?

MAESTRO. Muchas veces á su cetro
nuestras súplicas se alzaron;
¡pero sin duda, perdidas;
están los cetros tan altos
que allí no llegan los ayes
del que arrastra por el fango!

REY. Te engañas; el rey los oye
y no desciende á calmarlos
porque está como su pueblo
de otros poderes esclavo.

MAESTRO. Por eso en esta ocasión
con Catalina contamos;
el rey la herida de muerte
tiene, y muy pronto finado
se entenderán con su esposa
esos inicuos tratados.

Que los renuncie queremos,
ó que el incendio estallando
abrase la capital
y concluya de asolarnos.

REY. Bien está; pues yo, en el nombre
de Catalina, declaro
ser justa la pretensión
de su pueblo, y afianzo
mi palabra... al pergamino
la regia marca grabando.
¿Hay más que pedirla?

MAESTRO.

Nada.

Chipre la promete en cambio
conservar el regio asiento
por Lusiñán heredado
á su infante... y para ello
la sangre de sus vasallos.
Señores... ha concluído
la reunión, todos estamos
convencidos y dispuestos
á conquistar batallando
la independendencia; sigilo,
unión y valor tengamos.

(*Se retiran.*)

REY.

(¡No era una cita, mentía
ese consejero falso!
¡No me era infiel! ¡Qué dichoso
voy á mirarla en mis brazos!)

ESCENA VI.

MOZÉNIGO, STROZZI.

MOZÉNIGO. ¡Maldita suerte, no entiendo
quién incidentes tamaños
combina para cortar
mis planes más estudiados!

STROZZI. Casualidades á veces
las cosas van preparando
de muy diferente modo.

MOZÉNIGO. Todas me cedieran paso,
á no haberlo el mismo rey
con su presencia parado.
¡No importa! Yo haré juguete
de mi capricho su manto,
y á mí vendrán de rodillas
esos serviles villanos.
¡Pordioseros! ¡Desgarrar
con su hediondo arponazo
pretenden de su señor
los estandartes bizarros!
¿De quién reciben el pan?
¿Qué son ellos? ¡Los gusanos
que por la seda que labran
los fabricantes avaros
sostienen en su taller!
¿Qué más quieren? ¡El trabajo
les exaspera! Yo haré
que de hoy le tengan doblado,

que cuanto más peso lleven
menos podrán arrojarlo.

STROZZI. Mirad antes que son muchos.

MOZÉNIGO. Nada importa; nuestros bravos,
si en el número son menos,
están de la guerra sacios;
para cada cien bisoños
sobra con diez veteranos.
Corre al muelle, ya la escuadra
estará en la barra anclando,
habla al almirante, dile
que está el tigre entre mil lazos,
ya lo ves, pidiendo sangre,
¡hidrofóbico! ¡bramando!
¡que desbarate su jaula
de un golpe y haga que en charcos
se salpique la ciudad!
¡Corre!... Cuando el sol rasgando
á su salida imperial
el horizonte entoldado
dé color á sus crespones
de escarlata tapizando
sangriento apenas alumbre
el artesón con su halo...
dile que desde el balcón
de antecámara, en palacio,
Mozénigo la señal
le dará para el asalto
sobre los macizos jaspes
su cinturón arrojando.
¡Corre!

STROZZI. Voy.

MOZÉNIGO. ¿Qué te detiene?

Pronto has de ser como el rayo.

STROZZI. Bien; al señor almirante
diré...

MOZÉNIGO. Que sus cañonazos
nos despierten... y nivelen
los cimientos con los altos.

(Vase por la puerta fondo.)

ESCENA VII.

MOZÉNIGO.

¡Yo arreglaré esa canalla!
No han de quedar mal parados

desde el primer pordiosero
hasta el primer potentado;
¿Quieren humo? Bien está.
Juegos de pólvora vamos
á preparar. Alguien viene.
(*Se emboza y se retira á un costado final.*)

ESCENA VIII.

CATALINA y MOZÉNIGO.

CATALINA. (Qué silencio en ese patio
vierte la noche: amedrentan
de sus denegridos arcos
las arabescas molduras
de la hiedra por los ramos
encubiertas, y los ecos
que centuplican los pasos.)

MOZÉNIGO. (Ella es; las puertas cierro
y las esperanzas abro.)
(*Cierra las puertas del fondo y se dirige á
Catalina.*)

CATALINA. (Cómo tiemblo; quién será;
disimulemos.)

MOZÉNIGO. (Finjamos.)
¿Quién es la encubierta dama
y á quién busca?

CATALINA. Retiraos.
¿Por qué la puerta cerráis?
Quiero salir, me engañaron,
abrid.

MOZÉNIGO. Fuera mi locura
mayor: aquí de diez años
de perdidas pretensiones
el término ver alcanzo.
Alce el velo la enlutada,
la he conocido.

CATALINA. ¡Insensato!
¿También hasta aquí tu sombra
me asechanza?

MOZÉNIGO. ¡Y qué de extraño
tiene que en vez de un galán
otro galán más osado
se presente á recibiros,
siendo más puntual acaso!
¿Una cita no tenéis
en este sitio? Sentaos;

- aquí la noche es eterna,
sólo escuchan esos bancos
y de esa lámpara sólo
preside el reflejo vago.
¡Con que piensa, Catalina,
de quiénes pedir amparo
podrán tus débiles ayes
en este lugar ahondados!
- CATALINA. ¿De quién? De Dios; á sus ojos
no hay en las tinieblas báratro,
preside en la inmensidad
y abarca cuanto ha creado.
¡El me dará fortaleza;
aparta, me causa espanto
esa mirada feroz!
- MOZÉNIGO. ¡Infeliz! Solos estamos *(Cogiéndola.)*
- CATALINA. ¡Suelta, suelta! me desgarras.
- MOZÉNIGO. ¡Si; son de bronce mis manos,
ven, cerca sus corredores
sobre una roca cortados
este negro laberinto
tiene también; ven, subamos,
bajo ellos se abre un abismo!
- CATALINA. ¡Oh!
- MOZÉNIGO. Sube, sube ó te mato.
*(La empuja contra la puerta lateral, y al
abrir ésta sale Longino con un hacha.)*

ESCENA IX.

Dichos, LONGINO.

- LONGINO. ¡Quién me socorre! *(Desde dentro.)*
- CATALINA. ¡Dios mío!
- MOZÉNIGO. ¿Quién habla?
- LONGINO. Un desesperado. *(Saliendo.)*
- CATALINA. ¡Favorecerme! *(Echándose á sus pies.)*
- LONGINO. ¿Quién llora?
- CATALINA. ¡De rodillas lo demando,
me llevan á despeñar!
- LONGINO. ¡No os despeñarán! Alzaos,
¡sostenedme! ¡yo no puedo!
¡los pies apenas arrastro!
¡bien conozco el asesino!
También á mí me dejaron
por muerto en este rincón,
¡pero vivo! ¡dadme el brazo!

(Apoya el brazo izquierdo en Catalina y con el arma en el derecho quiere dirigirse á Mozénigo.)

CATALINA. Sí, sí; yo te apoyaré.

LONGINO. La vida me va faltando.

MOZÉNIGO. Y pronto la perderás
si te acercas temerario.

LONGINO. No; llevadme cerca de él,
llevadme, quiero tronzarlo
con mi destal, como tronzo
los corpulentos castaños.
¡Sois hermosa! y os llevaban
á arrojar desde el terrado;
no me soltéis.

MOZÉNIGO. ¡Para!

LONGINO. ¡No,
quiero me sirva tu cráneo
de juguete en la agonía
y de almohadón tus pedazos!

MOZÉNIGO. ¡Necio, necio! ¿No reparas
que está en arroyos brotando
tu sangre y apenas puedes
sostenerte? ¡Me das asco!

LONGINO. Corred, señora, llevadme
donde yo pueda alcanzarlo.

(Mozénigo se va: Longino quiere alcanzarle, y cuando se acerca, sale aquél, vuelve á cerrar y Longino cae muerto)

ESCENA X.

CATALINA.

Murió. ¡Dios mío! ¡Dios mío!
¡en qué pude ofender tanto
tu clemencia! no me dejes
ó mándame alguna mano
que me arranque el corazón
que los dolores secaron.

¡El hacha! si yo pudiera... *(La coge.)*
imposible, apenas la alzo. *(La deja.)*

¡Socorro! ¿no hay quien me escuche?

¡Socorredme! me han cerrado.

¡Nadie! ¡nadie! ¡todo calla!

¡sólo paredes de canto
responden aterradoras
de mi voz con el rechazo!

Esa puerta á un mirador

dicen que da, y que debajo
se abre un abismo .. veremos:
la muerte no me da espanto.

*(Sale por el falsete, al mismo tiempo que
Gerardo entra por el fondo.)*

ESCENA XI.

CATALINA y GERARDO.

GERARDO. ¡Catalina! la escuché;
aquí las voces sonaron.
¡Catalina, Catalina!
¿dónde estás?

CATALINA. ¿Quién es? *(Desde dentro.)*

GERARDO. Gerardo,

que sólo por ti volvía
y te halla sola, gritando.

CATALINA. Y en las tinieblas perdida
de esos escombros que el paso
conducen al precipicio,
cuando se llega á pisarlos.

GERARDO. ¿Quién es ese hombre?

CATALINA. Es un muerto.

hace poco que en mis manos
espiró: también aquí
presumo que le encerraron
para terminar con él;
este lugar es aciago
y estoy temiendo por ti,
yo ya no siento, he pasado
tan terribles emociones
que soy de piedra, ó no alcanzo
cómo sufrir he podido
en tan poco tiempo... ¡tanto!
¡sal de aquí; marchemos pronto!
¡si volviera ese hombre! ¡vamos!

GERARDO. ¿Quién?

ESCENA XII.

Dichos, LUSIÑÁN, MOZÉNIGO.

MOZÉNIGO. Yo nunca miento, miradlos.

REY. Tienes razón. ¡Bien, señora!

¡muy bien! ¡á qué es el turbaros!
seguid, ¿os estorba el rey?

GERARDO. (El Rey.)

(*Se descubre.*)

CATALINA.

¡No te ofendí!

REY.

Claro,

mientras que por su salud
pide su pueblo á los santos,
Catalina con su amante
conversa en el subterráneo
de la casa del Idiota
y le anticipan el pago (*Mirando el muerto.*)
sin duda por que callara,
con un golpe en un costado.
¡Es muy noble tal acción!

CATALINA. ¡Soy inocente!

REY.

Lo extraño,

¿y que dice el extranjero?
Pardiez que pica muy alto.

GERARDO.

El extranjero, señor,
alza su cuello gallardo,
porque ante la real persona
no tiene por qué doblarlo.
El extranjero, señor,
y perdonad si levanto
mi voz ante su grandeza...
vino aquí, porque los lazos
quiere romper de la hidra
que el solio está inficionando.
No la veis... brotan veneno
sus ojos.

MOZÉNIGO.

Pero sus rayos...
aniquilan y confunden.

GERARDO.

A los siervos, no á los bravos
que te retan donde quieran
y te insultan...

REY. .

¡Eh! callaos;

es Lusiñán caballero,
tanto como rey... y agravios
que atañan á su persona
á él sólo cumple lavarlos.
Aun tengo sangre en las venas,
aun me parece que valgo
para blandir un lanzón
y dar espuela á un caballo.

CATALINA.

Mirad, señor, que os engañan.

REY.

Los ojos no me engañaron.
Antes del día, el de Rodas
se presentará en palacio
de sus mejores arneses
ceñido y abroquelado;

yo también vestí broqueles
y supe descargar tajos
en otro tiempo mejor;
solos y brazo con brazo
mañana nos batiremos,
como caballeros ambos.

GERARDO. Permitame vuestra alteza.

REY. Nada permito; aguardando
estaré cuando amanezca.

CATALINA. Señor, pensad...

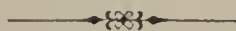
REY. ¡Calla, y vamos!

*(Catalina, el rey y Mozénigo salen por el
fondo.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERGERO



Antecámara en el palacio del rey de Chipre; puerta en el fondo y otra en cada costado; á la izquierda, un balcón; á la derecha, una mesa, sobre la que habrá un pomo y una copa.

ESCENA PRIMERA.

LUSIÑÁN, MOZÉNIGO, el primero dormido sobre un sillón.

MOZÉNIGO. Duerme el león; con estertor quejido
respira apenas su garganta seca,
y tiene en el sillón de su agonía
el espeso mechón de sus guedejas.
Duerme el león; sus órbitas hundidas
la chata frente socabada muestran,
y el cárdeno color que le barniza
pinta la hiel que sus entrañas quema.
Todo tranquilo está; pronto la sombra
de su espeso crespón izará velas,
y al claro jalde del naciente día
en batalla serán nuestras entenas.
Vanguardia helada de eternal reposo
acaricia su mente, breve sea;
pocos minutos más durará el sueño
y pocos más para vivir le restan.

REY.

(*Delirando.*)

«Parad, no la matéis; girando cruza
»bella visión de vaga transparencia,
»viene de otra región, sobre las nubes

»su pie de espuma vagarosa sienta.

»¿Adónde vas?

MOZÉNIGO. La fiebre le devora
y ya el delirio á trastornarle empieza.

REY. »¡Al cielo! ¿la escucháis? ¡La altura rasga,
»con la Madre de Dios á unirse vuela!
»¡Que mente! ¡no, lo dicen en sus arpas
»con melodioso canto las sirenas!
»¿Oís? Los ecos de celeste trova
»confusamente percibir se dejan...
»¡y á su compás armónicos rabeles
»tañen acordes las heridas cuerdas!
»¡En el espacio, iluminando el antro
»con su rojo fulgor, la forma esbelta
»se columpia del ártico al antártico
»al impulso tal vez de las esferas!
»Del austro en hombros y de níveos cisnes
»sus ejes de cristal ligeros ruedan
»y el auriga garzón viste los rayos
»de Júpiter tonante en su librea.
»¡Era inocente! su aurorina albura
»el ángel del pudor lleva á la diestra
»y á la empírea región se alza su aureola
»por túneles de mirtos y de adelfas;
»¡baja! ¡desciende! ¡no, la gloria es tuya
»para mí el deshonor y la vergüenza;
»¡Yo te compré! ¡Tu corazón no es mío;
»me arguye de tu compra la conciencia!»

MOZÉNIGO. ¡Señor!

REY. ¿Quién habla?

MOZÉNIGO. Yo, quien siempre al lado
de su alteza real sus sueños vela.

REY. Gracias; tú sólo hasta morir me sigues.

MOZÉNIGO. Porque os amo, señor.

REY. Nubes espesas
con su oscuro vapor me trastornaban
y á mis sienes latientes daban prensa.
¡Más cada vez me asaltan esos sueños;
más cada vez mi fiebre se acrecienta!
¿Deliraba, no es cierto?

MOZÉNIGO. En altas voces
decíais divagando mil rarezas.

REY. ¿De qué hablé?

MOZÉNIGO. De fantasmas, de visiones
y de no sé qué más.

REY. ¿No hablaba de ella?

MOZÉNIGO. Las palabras confusas se perdían
y no pude saberlo.

REY. Si la vieras...
me figuré que un globo de diamante

alzó transparentando su belleza
hasta el cóncavo azul del mismo cénit
en plácido vaivén de luz etérea.
Tendía desde allí sobre los astros
en torrentes de gas su cabellera,
su ebúrneo pie perdido los perfiles
posábase sobre diván de estrellas...
y con letras de tilos y amapolas
en su falda el candor bordaba un lema.

MOZÉNIGO. Olvidadla, señor; no es Catalina
para su amante rey la esposa tierna;
es la perjura que le finge halagos,
la adúltera mujer que le blasfema.

REY. ¡La adúltera! ¡Es verdad, yo la miraba
cuando su amante conversó con ella;
sí; la miré para tormento mío
y creerlo. al mirarlo, pude apenas;
debo olvidarla, es cierto! Para siempre
de mi idólatra amor cayó la venda,
y sólo la verdad ante mis ojos
su crimen descarada me presenta.
¡Cuánto sufro, Mozénigo!

MOZÉNIGO. Calmaos.
Las penas más en vuestro afán se aumentan;
ella expiará su culpa arrepentida.

REY. ¡Pero su expiación... será mi afrenta!
¿Qué hora es?

MOZÉNIGO. Muy temprano, todavía
de nuestro golfo no se alzó la niebla,
ni matizando el musgo de los valles
el nuevo día á despuntar empieza.

REY. Dame la copa; para tantos males,
necesito acrecer mis pocas fuerzas;
á mis nervios su tónico brebaje,
doblando su tensión, vigor les presta;
los músculos con él, pronto confortan
los laxos miembros que la fiebre enerva,
y escasas horas de aparente vida
vierte su fuego en mis hinchadas venas.

MOZÉNIGO. ¡Apuradla, señor! (Se la da.)

REY. Sus rojas gotas
me complazco el mirar. ¡Cómo fermenta!
(Bebe.)

¡Ya escancié su licor! Hoy más que nunca
páreceme que la garganta quema.

MOZÉNIGO. Sí; porque hoy más á vuestro heroico arrojo
que acompañe es preciso la firmeza.

REY. ¡Ya me siento mejor; suave circula
y mis tejidos su corriente gesta,
me inflama su calor y sacudirse

siento las fibras á su influjo tersas.
Ya los vapores del pasado acceso
libre y tranquilo mi cerebro dejan!
¡Ya un sudor abundante me circuye!
¡ya mi respiración está serena! (*Se levanta.*)
¡Que venga el campeón, sí, su tardanza
más y más cada instante me impacienta
y sus ráfagas manda la mañana
las torres azotando con violencia!
¡Sus! de mi cota la luciente malla
prepara pronto, y la gentil cimera;
quiero salir cual cumple á mi persona
erguido lidiador á la palestra.
Ligero como el viento en la llanura
haz que el trotón sobre que monte sea,
y de su cuello jilva y mantellina
con espeso cairel pendiente vean.
Clavado el acicate en sus ijares,
suelta sobre su crín la dura rienda,
en el palenque de la noble justa
rábido bata la mullida arena.
Sobre él, blandiendo airado mi tizona,
haré temblar al genio de la guerra,
y al golpe rudo de mi ciego encono
probaré de una vez mi armipotencia.

MOZÉNIGO. Señor; acaso los herrados bronce
mucho á sus miembros molestar pudieran,
y mucho que sentir tendremos todos
si vence el infanzón en la reyerta.
Mejor será que á un lado los arneses,
vistiendo el manto real de su grandeza,
al vindicar su honor los capitanes
la lidia presenciéis en honra vuestra.

REY. ¡Qué! ¡No tienen valor los soberanos
y lavar una mancha les afrenta!
¿Vale más el arnés de sus guerreros
para que siempre preferido sea?

MOZÉNIGO. Os lo dije, señor, porque en su rostro
vi de la postración señales ciertas,
y siento que batir os mire el pueblo
de punta en blanco con la faz enferma.

REY. No temas que se asuste el enemigo,
ni que culpen al Bey que me aconseja;
velaré el rostro si les da pavora,
calando á la celada la visera.
¿Lo preparaste todo?

MOZÉNIGO. A vuestra cámara
trajes y armas mandé que condujeran
y ornado de lujosos atavíos
un roano alazán jadeante aceza

el polvo sacudiendo su relincho
de la caballeriza á las maderas;
sólo falta que el cielo á la justicia
incline su balanza en la pelea,
y herido el criminal, bote en el suelo
con sed mordiendo la arenisca tierra.

REY. No codicio vencer; justo es el reto
que al extranjero profirió mi lengua,
y á quien sobran justicia y arrogancia,
lauros dan aunque pierda en la contienda.
Oye: si acaso, con mejor fortuna
ó con arma mejor mi rival cuenta...
si rompiendo mi adarga con sus tajos
filtra la cota y á mi tórax llega,
si caigo, en fin, rendido de la lucha
ó atravesado por su sierpe férrea...
á Catalina donde yo respire,
y al infante también, al punto lleva;
la quiero perdonar, quiero mirarla
y abrazar á los dos antes que muera.

MOZÉNIGO. Así lo haré.

REY Yo, en honra á tus servicios,
mandaré que se esculpa tu cabeza
en el circón que sobre el regio trono
hoy el blasón de mi linaje ostenta.

MOZÉNIGO. Es excesivo honor.

REY. Deudor en mucho
soy á tiempo á tu celo y á tu ciencia,
y quiero que mi infante, cuando reine,
al mirar su dosel tu busto vea.

PALACIEGO. Un jefe de armas, para hablar al rey
de asuntos de importancia, pide venia.

REY. Si viste arneses y á batirse viene,
le dirás que impaciente el rey le espera;
si no viene á lidiar, que aquí descanse
ó que más tarde para verme vuelva.

(Se retira el palaciego.)

Más cada instante enardecido tiemblo;
vamos, acaso el paladín ya sea,
el peto pronto y la cerada gola
quiero ceñir, aunque abrumar me sienta.

(Se retiran por la puerta derecha.)

ESCENA II.

FORTUNATO (puerta de fondo).

Pueda yo en la antecámara esperarla,
y que el rey no me escuche ni la reina;

FORTUNATO y JULIETA (puerta izquierda).

JULIETA. ¿Cómo tan pronto hoy Fortunato á visitarme llega?
¿Algo de nuevo en la ciudad ocurre?
Todos parece que en la corte velan.

FORTUN. Envidia dar á la alborada ufana que la primera tus caireles besa,
hoy he querido, saludando alegre antes mi cielo que los cielos de ella;
pláceme haber ganado la partida.

JULIETA. ¿Y si la aurora de tu amor se cela?

FORTUN. Mi amor entonces cederé á la aurora, porque es rival de superior belleza.

JULIETA. ¡Ay! ¡cuánto temo que tu amor me falte!

FORTUN. ¡También yo temo que mi amor me mienta!
Dime: ¿á la esposa del enfermo rey hablar no puedo? Revelarla nuevas quisiera de interés, y son urgentes.

JULIETA. En su oratorio desde anoche reza, pero privada está de hablar con alguien.

FORTUN. Servirme puedes tú de confidenta; olvidemos por hoy que amantes somos, y trabajemos para nuestra reina.
¡Es tan noble, apartando el egoísmo, proteger la virtud sin recompensa!
Se goza tanto, que placer tan grande sólo tiene en tus ojos competencia.

JULIETA. Dices bien; la lisonja separando, justo será que aprobación merezcan tus pensamientos, siempre bondadosos, siempre llenos de fuego y gentileza.
¿Qué es lo que debo hacer?

FORTUN. A Catalina manda al momento que en sus rezos ceda; sobre el adarve que domina el muro que haga ondear la nacional bandera, y el estandarte de San Marcos roto cuelgue de un argollón en las almenas.
Dila que pronto con venganza horrible castigará su pueblo sus ofensas,

y que desde hoy bajo mejor custodia
no enlutarán su solio nuevas penas.

JULIETA.
FORTUN.

¿Y no volverás tarde?

No, muy pronto;
corre, es mucho un instante que se pierda.
(*Se retiran, él por el fondo y ella por la
izquierda.*)

ESCENA IV.

MOZENIGO, derecha.

Ya más rendido está; pocos momentos
deben faltar para acabar la obra.

(*Se asoma al balcón.*)

Sí; ya el albor de la mañana empieza,
el vendaval el torreón azota
y traen nuestras naos á barlovento,
con orgullo del mar, sus altas proas,
batiendo gallardetes en sus picos,
largando del velamen las escotas.

(*Se retira del balcón*)

Bien, la ciudad á despertar empieza
y la tormenta se prepara sorda.

ESCENA V.

MOZÉNIGO y STROZZI.

STROZZI. Cansado vengo.

MOZÉNIGO. Tarda fué tu vuelta.

STROZZI. Nada hay pesado cuando tiempo sobra.

MOZÉNIGO. ¿Al almirante vistes?

STROZZI. Entré en su cámara

largo rato con él conversé á solas,
los jefes convocó de sus brigadas
y ante ellos la señal hizo notoria
á la cual abrasantes sus fragatas
en humo y fuego envolverán la costa.
En el botín pensando los soldados,
tanto valor cada marino cobra
que hay hombre ya que conquistar ciudades
tan fácil ve como rollar sus lonas.

MOZÉNIGO. ¡Bravo! ¡bravo! sublime perspectiva
presentarán las encendidas bocas
del hirviente cañón que en ronco trueno
vomitará á torrentes balas sordas.

Veremos agitarse el panorama
puestos del mirador en la picota,
del estruendo compás alzarse ruinas,
hundirse techos y pilastras rotas,
y de solaz nos servirá su grito
como á Nerón cuando incendiaba á Roma.
¿Las guardias avisaste?

STROZZI. A mi salida
Dobladas las dejé.

MOZÉNIGO. Me basta; ahora
otro paso nos falta.

STROZZI. ¿Cuál?

MOZÉNIGO. Conviene
quitar de Lusiñán toda memoria,
y para ello es preciso que te encargues...

STROZZI. ¿De ser ejecutor?

MOZÉNIGO. Es poca cosa,
y el premio será grande.

STROZZI. Convenido.

MOZÉNIGO. No; á Lusiñán ejecutor le sobra;
es del infante de quien yo te hablaba.
Si crecerle dejamos á la sombra
de su madre, mañana sus derechos
pudiera reclamar; mejor se poda
la vid cuando más nueva. En buen paraje
hoy de temprano quiero que le pongas.

STROZZI. ¿Y dónde está?

MOZÉNIGO. Cerrado con su madre,
allá en el gabinete reza y llora.
Cuando salgan de allí, con un juguete
le engañarás llevándole á la alcoba
que da sobre la mar, y si yo asomo
á ese balcón, con ímpetu le arrojas,
de modo que, salvando los escombros,
á hundirse vaya entre las verdes olas.

STROZZI. Con que todo á la par... se da la seña,
el fuego rompe la sitiante flota.
arrojo el niño á la verdosa espuma
y se aclama Venecia vencedora;
¡qué proyecto tan grande! él solo basta
para doblar vuestras riquezas y honra.

MOZÉNIGO. Escucha: al arrojarle, la campana
del oratorio anunciará en voz bronca
con dos lúgubres golpes al momento
en que el abismo el desgraciado toca.
Quiero saber si cumples, como es justo,
mis órdenes.

STROZZI. La duda me abochorna.

MOZÉNIGO. No lo extrañes, Strozzi; gran cautela
necesita el que fragua grandes cosas,

sé tu fidelidad, pero pudiera
sufrir la ejecución alguna prórroga
y saber me interesa el cumplimiento
para ordenar medidas previsoras.

STROZZI. ¿Pudieranlo estorbar?

MOZÉNIGO. Nadie; tomadas
precauciones están cuantas importan,
y el rumbo no es posible que se tuerza
aunque los hados nuestros hilos rompan.

STROZZI. ¿Y si traidores son nuestros soldados
y nos venden?

MOZÉNIGO. No temas, que la tropa...
como que sirve á palos y raciones,
cuando saco le dan nunca es traidora.
Un bergantín á más en la bahía,
por gala está de empavesada borda,
y el en todo desmán nos dará asilo
si nuestras planes el destino escolla.

ESCENA VI.

Dichos, CATALINA con su hijo.

CATALINA. ¡Hijo mío! no solloces;
tus suspiros inocentes
más el alma me desgarran.

MOZÉNIGO. ¡A qué Catalina viene
junto á la cámara real...
no sabe que á las mujeres
adúlteras los esposos
las maldicen para siempre!
¡No sabe que ese borrón
es borrón tan indeleble
que cuando se quiere más
menos olvidar se puede!

CATALINA. ¡Calla hipócrita! ¡Tu lengua
de víbora así escarnece
y calumnia cada día
á tu reina! ¡mientes! ¡mientes!
¡Yo adúltera! ¡yo perjura!
No sabes tú lo que hieren
esas palabras al bueno,
porque él solo las comprende.
¿Adónde está? Dime, Strozzi,
¿adónde está? quiero verle:
tú no serás mi enemigo;
te he servido muchas veces;
quiero arrojarme á sus pies
y morir si no me cree.

¿Nada me dices? responde.

¿Me llevarás?

MOZÉNIGO. ¿Quién se atreve
á quebrantar de su rey
las órdenes que le diere?
El prohíbe que su esposa
pueda hablarle, y si consienten
en ello sus palaciegos
será fácil que les pese.

STROZZI. Ya veis que mi voluntad
nada vale.

CATALINA. ¡Y no te mueven
las lágrimas de mi hijo!
¡Piensas tú que si corriesen
delante de Lusiñán...
no dirían que le miente
un consejero traidor!
¡Mira! ¡no te compadecen
sus ojitos empañados!
¡Permite que pueda verle
tan solamente mi hijo!
Yo le mandaré de intérprete,
¡soy digna de su cariño!
Soy digna, sí, y él me quiere
y él sabe cuánto sin culpa
su pobre madre padece.
(*Mozénigo y Strozzi se dirigen una mirada
de inteligencia.*)

STROZZI. Señora, la prohibición
sólo con ella se entiende;
el infante á todas horas
hablar con su padre puede;
yo mismo, si es vuestro gusto,
le llevaré...

CATALINA. Bien; detente
un solo minuto más.
¡Hijo mío! ven te bese,
porque mis labios son puros,
tan puros como tus sienes. (Le besa.)
¿Qué le dirás á tu padre?
¡Ay! le dirás que se muere
esta mujer que te besa
y que contigo la lleven
porque como tú dichosa
pueda hablarle y pueda verle.
¿No le dirás que es mentira
cuanto de tu madre cuentan?
¿No le dirás que por él
sólo vive y sólo duerme,
y que por amarle tanto

tanto padecer consiente?
¡Es tan hermosa la vida
cuando las horas suceden
llenas de paz y ventura!
¡Cuando dos almas se quieren
y en sus hijos se reflejan
y sólo piensan en verse!
Vé pronto; dile, hijo mío,
que ya sufrir más no puede
Catalina, y sólo pide
que la escuche ó la condene.
(*Strozzi lleva el niño de la mano por el
fondo*)

ESCENA VII.

MOZÉNIGO y CATALINA.

MOZÉNIGO. Señora, solos estamos.

CATALINA. Solos, es cierto, ¿qué quieres?
Habla; pero desde lejos,
porque tu contacto hiere.

MOZÉNIGO. Ya no es tiempo de esperar,
todo mi poder lo vence.

CATALINA. ¡Tiembla si por un azar
llega la rueda á volverse
y al choque de la fortuna
tus mercenarios se pierden!

MOZÉNIGO. Descuidad, estoy tranquilo;
debéis saber que no duerme
Mozénigo muchas horas,
porque es preciso que vele...
y al que vela como yo
se asalta difícilmente.

Bien sé que amenaza un pueblo,
presidido por sus reyes,
mi caída; no le temo;
son menestrales endebles
los que aprestan sus piquetas
contra aguerridos pabeses;
y en cuanto á los directores,
yo les pondré donde piensen
en la salvación del alma
antes que el motín comience.

CATALINA. Sí; Lusínán les ayuda
y la reina les protege,
porque es justo lo que piden.
¿Quién, sobre sus tierras, tiene
derecho para venir

á imponer trabas y leyes?
¿Nacieron ellos acaso
con títulos diferentes?
¿Cuál es vuestra ejecutoria?
¡La misma con que á los Césares,
por un bofetón de sangre,
dieron los hombres laureles!
¡la ley del conquistador!
¡las hazañas del más fuerte,
el diploma del verdugo
revestido de oropeles!

MOZÉNIGO. Os estimaran en mucho
si os oyeran los chiprenses;
tienen una defensora
por lo menos elocuente;
pero es tiempo conozcáis
cuánto mi prestigio entiende
su influjo, y es justo ya
que tantos rencores cesen.

CATALINA. Siempre son las transacciones
propuestas por el que teme
ser vencido.

MOZÉNIGO. La ocasión
más favorable no puede
ser para el propositor.

CATALINA. ¿Sabéis cómo está la gente
de la ciudad?

MOZÉNIGO. No son esos
asuntos de los que quiere
Mozénigo transigir;
son asuntos de intereses
más llegados, sólo nuestros,
y por esta vez no tiene
recursos de oposición
Catalina, y someterse
la será fuerza.

CATALINA. Jamás.
Es la virtud de tal temple,
que nunca á las amenazas
del mayor tormento cede.

MOZÉNIGO. Anoche, ya lo sabéis,
conseguí que el rey creyese
su deshonor; desde entonces
tanto á su esposa aborrece,
que ser su alcaide me ordena
y una prisión la previene.

CATALINA. ¡Infame! El rey no lo manda,
no, porque á su esposa quiere
y sólo vive por ella
como ella por él; mil veces

lo repite cada día.
Eres tú, tú sólo eres
quien la mandas encerrar;
pero aun hay quien me protege
y quien pronto tus vilezas
hará que á su asiento lleguen.

MOZÉNIGO. Será tarde.

CATALINA. No.

MOZÉNIGO. Repito
que será tarde, si quieren
hablar con él.

CATALINA. No, ¡Dios mío! (*Mira la copa.*)

Su copa estaba otras veces
llena cuando amanecía
y escasas gotas contiene.
¡Nada hay en el pomo, nada!
¡Julia, Strozzi, socorredme!

MOZÉNIGO. Silencio.

CATALINA. ¡No, Lusiñán!
¡adónde estás, quiero verte!
¡te envenenan!

MOZÉNIGO. ¡Calla! ¡calla!
porque á una seña que diere
desde allí, muere tu hijo. (*Señala el balcón.*)

CATALINA. ¡Cómo!... ¿qué dices? ¡mi hijo! ¡matarle!

MOZÉNIGO. Si ahora me vieses
llegar hasta ese balcón,
dos campanadas su muerte
con duelo le anunciarían.
Si así su madre lo quiere,
dé voces, y escuchará
las campanadas en breve.

CATALINA. ¡No, no te muevas! soy tuya;
¡mi hijo, mi hijo! detente
¿qué vas á hacer? ¿No te espantan
tus crímenes? ¿Nada temes
de la justicia de Dios?
¡hijo mío! ¿en qué te ofende?
¡no le matarás! ¿no es cierto?
no le matarás.

(*El rey asoma á la puerta de la cámara.*)

MOZÉNIGO. Bien puede
suceder; su madre sólo
será la que le sentencie,
y entre su honor y su hijo
verá lo que más prefiere.

CATALINA. ¡Quiero que viva mi hijo!
sí, que viva, y que me vengue.
¿Y mi esposo, ¡yo faltarle!
yo por miedo envilecerme...

jamás: honra y sentimientos
soberanos, no se tuercen.

MOZÉNIGO. ¿Olvidáis que en ese pomo
pocas gotas se contienen,
y que estaba Lusiñán
espirando hace dos meses?

CATALINA. ¿Con que le envenenas? bien;
tu puñal no me deliene.

(*Quiere salir, y Mozénigo se dirige al
balcón.*)

MOZÉNIGO. ¿Pero el infante?

CATALINA. No; para,
para, y al balcón no llegues,
¡con qué afán espero el día!
quiero que al pueblo presenten
esa copa y arrastrando
tras el féretro te lleven.

MOZÉNIGO. Y á quién creyeran mejor
si el ministro la ofreciere
en el mercado, diciendo
que en ella alevosamente
dió la adúltera veneno...
¿á quién, señora, os parece?
¡Oh! mis golpes son seguros.

ESCENA VIII.

Dichos y LUSIÑÁN.

REY. Hay quien á tus golpes vence,
y sacudiendo el sudario
con que cubierto le tienes,
se levanta moribundo
para mandar que te cuelguen.

CATALINA. ¡Lusiñán! ¡esposo mío!

REY. Ven Catalina, sostenme.

CATALINA. Siéntate.

(*Se sienta.*)

REY. Pero contigo.

¡Estate aquí! ¡no te alejes,
nos pudieran separar!
La ciencia ya nada puede,
son escasos sus recursos
y mis momentos son breves.
¡Quiero morir en tus brazos!
me será dulce la muerte,
mirándote al espirar.

Dime ¿perdonarme quieres?

Me engañaron, Catalina.

CATALINA. Olvidalo ya; ¿no tienes
mis brazos sobre tus hombros?

- REY. ¡Ángel mío! ¡á ti se atreven
á llegar esos impíos!
yo les haré que escarmienten.
Señor plenipotenciario,
señor consejero, acérquese;
sin alzar tanto los ojos,
porque sacárselos pueden.
Adónde está mi hijo, dime.
de él si al instante no viene
con el cuello me respondes;
picotas mis plazas tienen,
y en ellas he de ofrecer
á tu Dux algún presente.
- MOZÉNIGO. ¡Pobre rey! cómo te engañas;
lenta ponzoña dos meses
hace ya que te consume,
y hoy tu mal término tiene.
- REY. ¡Vivo para confundirte!
- MOZÉNIGO. No se levante, está endeble.
- REY. Basta mi aliento de fuego
para abrasarte mil veces.
- PALACIEGO. Pide entrada un caballero
y viene armado.
- Rey. Di que entre. (*Vase el paje.*)

ESCENA IX.

Dichos y GERARDO.

- GERARDO. ¿Dónde está el rey?
- REY. Acérquese el guerrero.
- GERARDO. Permitidme, señor, que la rodilla
al suelo doble ante la augusta silla.
- REY. Levante con orgullo el caballero
y al rey perdone; se movió imprudente
un duelo entre los dos; no es culpa suya,
al consejero el campeón arguya
porque el rey le conoce y se arrepiente.
- GERARDO. Eso vine á pedir; sé que su espada
anoche en el jardín me defendía,
y defender su cetro es deuda mía
que hoy pretendo, señor, dejar pagada.
Pagada, ¿su ministro me comprende?
¡disfrazado reptil! ¡hidra del trono!
á qué frunces el ceño, de tu encono
la red de sangre en mi carrera tiende.
¡Una por una trizaré sus mallas!
¡frente á frente me ves! te desafío
¿dónde está tu valor? ¿dónde tu brío?
¡tiemblas cobarde, y á mi vista callas!

MOZÉNIGO. ¡Con nervio ¡vive Dios! se explica el mozo,
altanero insultando á sus mayores!
¡quién presume en Mozénigo temores!
¡quién osa provocarle sin rebozo!
Bien; yo tu reto para luego aplazo,
pero antes... oye, á su presencia aterra
y espera sólo la señal de guerra
potente escuadra codiciando el plazo
frente de ese balcón; humo y estruendo,
muy pronto lanzará sobre los muros
y caerán á su choque mal seguros
la gente en sus escombros envolviendo
á una sola señal; salvar no esperes.

GERARDO. Tengo yo otra mejor, de tus guerreros
presas por los intrépidos barqueros
las poderosas naves, con que quieres
las casas arrasar... serán hogueras
antes de amanecer.

MOZÉNIGO. Más tu jactancia
no puedo tolerar, con arrogancia
el asalto darán nuestras banderas.
¡El sol despierta ya, ya viene el día!
salgamos al balcón, á mi cintura
sofoca el ceñidor, me pide holgura
(*Se lo quita.*)
mira: esta es mi señal.

GERARDO. Y esta es la mía.
(*Mozénigo quiere arrojar el cinturón, y en
el mismo instante se lo arrebató Gerar-
do y lanza á Mozénigo por el balcón,
oyéndose dos campanadas.*)

CATALINA. ¿Qué hiciste? ¡maldición! ¡murió mi hijo!

REY. ¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡corre! ¡vuela!
tu acero al rojo sol sangriento riela
y tráeme el matador, yo te lo exijo.

ESCENA X.

Cuando Gerardo va á salir, entran FORTUNATO y JULIETA
con el infante de la mano.

CATALINA. ¡Ángel del corazón!

REY. ¡Gracias, Dios mío!
Bendigo tu poder y tu grandeza.
Ven, Catalina, apoya mi cabeza.

CATALINA. Lusiñán! Lusiñán!

REY. Muero... y me río...

FIN.

ERRATAS VISTAS

PAG.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
8	23	esta.	esa.
18	38	despeja.	desgaja.
21	33	le.	la.
28	44	acompañarme. . .	acompañar me.
32	12	las.	te.
33	14	inmarscibles. . .	inmarcesibles.
35	26	pensarán.	pensarían.
35	41	preminencias. . .	preeminencias.
36	30	haré.	hará.
49	9	convencidos. . .	convenidos.
55	4	te.	le.
57	9	tiene.	tiende.
<i>18</i>	<i>3</i>	<i>molidros. . . .</i>	<i>melindros.</i>
<i>19</i>	<i>6</i>	<i>Debe entrar. . .</i>	<i>Debe de.</i>

Los pedidos de las obras de este autor se dirigirán al mismo, calle Comercial, núm. 7, 2.º, Barcelona.





3 0112 115881713

